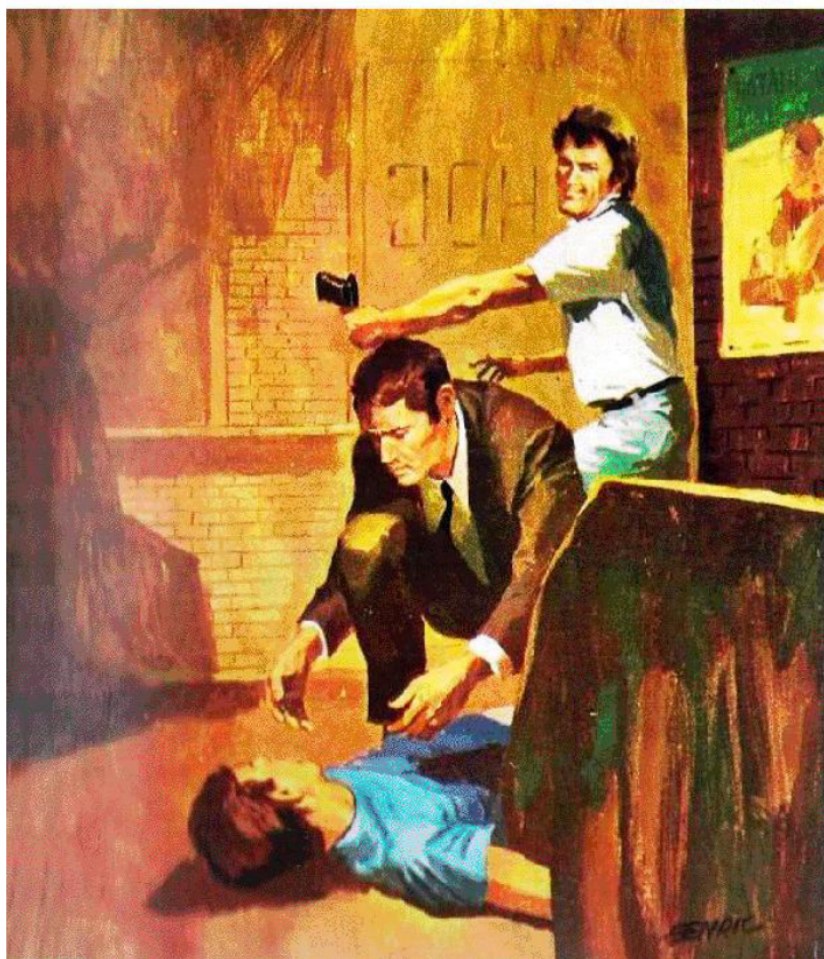


BOLSILIBROS
BRUGUERA
POLICIACA
SERIE
**PUNTO
ROJO**

en la trampa

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

EN LA TRAMPA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 671

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 55.775 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1975

© KEITH LUGER, 1959

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

El timbre del teléfono se puso a repiquetear. Alargué rápidamente el brazo y llevé el auricular al oído.

—Hola, nena —dije alegremente porque llevaba media hora esperando aquella llamada.

Pero la voz de mi rubia había cambiado bastante.

—¿El señor Fox, Steve Fox? —preguntaron, roncamente, a través del hilo.

—Sí —acepté de mala gana.

—¿El detective privado?

—Sí —le escupí—. ¿Quién llama?

—Bruno Harrison.

Medité unos instantes.

—No conozco a ningún Bruno Harrison.

—Me hablaron de usted, señor Fox.

—¿Quién?

—Jimmy Logan.

—¡Oh, sí, el bueno de Jimmy! ¿Qué es lo suyo, señor Harrison?

—Quiero contratarlo.

De todos los males, ése era el mejor. La rubia se había propuesto acabar a marchas forzadas con mi cuenta corriente. Pero, hermano, no se la traspaso.

—Muy bien —dije—. ¿Por qué no viene aquí, señor Harrison? Estaré en mi despacho todavía como cosa de una hora.

—¿Le importaría a usted venir donde yo estoy?

—¿Dónde está?

—Bar Pingüino, calle Ochenta y Tres, Oeste, doscientos cincuenta y siete.

—Ir ahí me llevará mucho tiempo, señor Harrison.

Ya sabe cómo está el tráfico a estas horas y he de cruzar la ciudad.

—Le agradecería que viniese.

—Si no le importa esperar...

—No me importa.

—Muy bien. Me pondré en camino en seguida, aunque espero invertir en el viaje más de media hora.

Colgué y volví a marcar, pero la rubia no descolgó. Me imaginaba que estaría de compras. Siempre estaba de compras y era mi dinero el que gastaba. ¡Infiernos! ¿Qué hacía yo allí? Me estaba esperando un cliente.

¿No ha probado a cruzar Nueva York a las seis de la tarde? No sabe lo que se pierde, amigo.

Invertí cuarenta y cinco minutos en llegar al bar Pingüino. Pasé al interior y vi al fondo, sentado a una mesa, a un hombre que me hizo un gesto con la cabeza. Me acerqué a él, observándolo. Podía tener unos cuarenta años y era moreno, de cejas espesas, nariz aguileña y mentón voluntarioso. Vestía un traje de buena calidad. Al instante noté algo extraño en sus ojos. En el primer momento pensé que pudiera ser efecto de las drogas porque parecía un tipo que podría pagarlas. Naturalmente, también podría pagar una costosa minuta de un detective privado. Y tal posibilidad me ensanchó el corazón.

—¿Señor Harrison? —dije, deteniéndome cuando él ya se ponía en pie.

No me alargó la diestra, sino la otra mano, pero por la forma en que lo hizo, no me pareció zurdo. Observé su mano derecha y la vi envuelta en un vendaje. Hasta entonces la había tenido bajo el sombrero. La exhibió para dar su explicación.

—Me pillé con una puerta —sonrió—. Encantado, señor Fox. Siéntese, por favor.

Nos sentamos. Un mozo calvo llegó dando saltos y se fue en la misma forma a por mi ración de *whisky*.

Harrison me examinó con el ceño fruncido.

—Jimmy Logan me ha dicho muchas cosas de usted, señor Fox.

—¿Cómo se conocieron?

—Como usted sabe, él es decorador en Chicago.

—Sí.

—Yo soy agente de ventas de la Minerva, una casa que fabrica material para decoración.

—Comprendo.

El mozo, que parecía moverse con muelles elásticos, dejó el *whisky* sobre la mesa y se retiró.

Bebí un trago y saqué un paquete de cigarrillos. Harrison no aceptó la invitación y yo me puse a echar humo.

—Quiero que vigile a una mujer, señor Fox.

—¿Para qué?

—No quiero que le ocurra nada.

—Así que, según usted, ella está en peligro.

—Estoy convencido de ello.

—¿Quién es?

—Mary Hall, una vocalista que trabaja en el Mombasa, un local nocturno.

—¿Es ella misma quien le ha pedido protección?

—No. Ella ignora el paso que acabo de dar. —Harrison hizo una pausa—. Mary y yo estuvimos casados.

—Eso quiere decir que ya no lo están.

—Nos divorciamos.

—¿Cuándo?

—Hace ocho meses.

—¿Cuánto tiempo han permanecido casados?

—Dos años.

—¿Cuál ha sido el motivo de su separación?

—¿Importa eso?

—Cuando me hago cargo de un caso, necesito conocer todos los detalles.

—Está bien. Ella cantaba en una orquesta cuando la conocí. Dejé su trabajo a petición mía. A Mary se le hacían cada vez más insoportables mis ausencias obligadas. Tengo que viajar constantemente.

—Entiendo. Ella conoció a otro hombre.

El señor Harrison se puso rojo.

—No, no hubo nada de eso. Según ella me explicó, se aburría mucho. Quería volver a cantar. Me negué a ello. Después, no me dejó nueva oportunidad para que yo rectificase mi punto de vista. Solicitó la separación.

—¿Usted no se opuso?

—No.

—¿Qué alegó ella?

—Padecía crisis nerviosas cuando permanecía largo tiempo a solas en casa. Un psiquiatra aportó un certificado de que ello atacaba contra su salud mental. El juez concedió la separación.

—Sin embargo, se han seguido viendo.

—Sí, de vez en cuando.

—¿No se ha casado ella?

—No.

—¿Existe algún otro hombre?

—Alterna indistintamente con algunos.

—Es cosa natural en su trabajo —dije.

—Sí, desde luego. —Harrison se pasó un dedo por el cuello de la camisa, ensanchándoselo.

Bebí otro trago de *whisky*.

—¿Quién ha amenazado a Mary Hall?

—No lo sé.

Arrugué el ceño, empezando a sospechar que me las tenía que ver con un tipo chiflado.

—¿Quiere aclararme eso, señor Harrison?

—Mary ha recibido un anónimo.

—¿Ha visto usted ese anónimo?

—Sí, me lo ha mostrado ella.

—¿Cuándo?

—Ayer. Fui a visitarla a su camerino del Mombasa.

—¿Qué dice el anónimo?

Harrison miró hacia el techo como si esperase que estuviesen grabadas allí las palabras.

—Poco más o menos, esto: «No siga adelante. Puede encontrarse con una sorpresa que quizá no tenga tiempo para lamentar».

—¿Cómo está escrito?

—A máquina.

—¿Una simple máquina de escribir?

—Sí.

—¿Visitó usted a Mary a petición de ella?

—No. Se me ocurrió pasar por allí.

—¿Lo hace con mucha frecuencia?

—Una vez por mes.

—¿Cómo fue que ella le exhibió el anónimo?

—La encontré nerviosa, un poco pálida, en general desmejorada. Le pregunté el motivo. Al principio, ella trató de eludir el tema, pero de improviso tiró de un cajón y sacó la carta.

—¿Vio el sobre?

—Sí, desde luego. Estaba dirigido a Mary Hall y a la dirección del Mombasa.

—¿También escrito a máquina?

—Sí, lo habían enviado por correo.

—¿Qué le contó ella después de que usted quedó enterado?

—Dijo que no tenía idea de quién se lo pudo haber enviado.

—¿Le dio la sensación de que decía la verdad?

—No.

—¿Por qué no?

—Titubeó mucho. Se apretaba las manos junto al regazo y huía mi mirada.

—¿No logró sacarle nada en claro?

—Nada.

—¿Qué sabe respecto a sus amistades en el Mombasa?

—La he visto sonreír y hablar con algún cliente del local, pero nunca ha dedicado atención especial a uno de ellos. Sólo que...

—Continúe.

—Está el dueño, Sid Gray.

Había oído hablar de Sid Gray como de un tipo que había hecho una fortuna vendiendo material sobrante de guerra. No era trigo limpio. Si no me equivocaba, Sid había tenido que sufrir una condena por evasión de impuestos.

—¿Qué hay con Sid Gray?

—Le gusta Mary. Aunque, en realidad, es una de esas mujeres que gustan a todos los hombres.

—¿Y ella corresponde a Sid?

—No creo que esté enamorada de él, pero quizá Mary se decida a casarse con Sid porque le conviene a su carrera.

—¿Quién hay más?

—Nadie, que yo sepa.

—Quizá se trate de una broma. Hay muchas personas en Nueva York que diariamente reciben anónimos. En las comisarías se reciben denuncias por docenas a ese respecto. La mayoría de ellas no suponen ninguna clase de amenaza para las personas que los

reciben. A veces la policía echa el guante al sujeto que se divierte sacando de quicio a sus semejantes.

—Celebraría que fuese eso.

—¿Tiene una foto de su mujer?

—Sí, se la tengo preparada.

La extrajo del bolsillo inferior de la chaqueta. Tal como había anunciado el señor Harrison, ella era una mujer que gustaba a todos los hombres. Esbelta, de bonita estampa, seno erguido, anchas caderas y piernas largas. Estaba tendida en la arena tomando el sol. Cubríase con un bañador de una sola pieza. Tenía el cabello muy negro y los ojos del mismo color. Su cara era un óvalo perfecto de impresionante belleza.

La guardé, mientras decía:

—Se la devolveré cuando termine.

—De acuerdo, señor Fox.

—Muy bien, me ocuparé de lo suyo. Mis honorarios son treinta dólares diarios más los gastos.

Sacó la cartera y me alargó un fajo de billetes.

—Aquí tiene doscientos a cuenta. ¿Tiene bastante?

—Sí, le haré un recibo.

—No hace falta que lo haga ahora. Déjelo para mañana.

Eso me recordó que no me había dado su dirección ni la de su mujer.

Me las dio y las apunté.

Hizo una señal al mozo y pagó la consumición.

—¿A qué hora empieza Mary su trabajo en el Mombasa?

—A las ocho y media. Llega siempre con el tiempo justo.

—Gracias, señor Harrison —dije, levantándome—. Recibirá noticias mías.

Extendí la mano y él alargó su diestra, y de pronto, se dio cuenta de que la tenía herida y me alargó la zurda.

Me introduje en el coche y lo puse en movimiento.

Mary Hall vivía relativamente muy cerca de allí. Invertiría quince minutos en llegar al edificio en que se ubicaba su apartamento, pero en el camino me detuve para comunicar a mi rubia que tendríamos que demorar nuestro encuentro. No pude darle el mensaje porque, al parecer, en su apartamento no había nadie.

Regresé otra vez a mi coche y continué el viaje.

Cuando me encontraba muy cerca del lugar, observé un grupo de gente en la acera. Un poco más allá, vi dos coches y supe que eran de la policía, y entonces arrugué el ceño y sentí un cosquilleo en el estómago.

Una sirena aulló a mi espalda y yo pasé de largo, haciendo correr el coche lentamente para no perder detalle.

Vi un agente de uniforme a la puerta y la gente que hablaba. El coche aullador que venía detrás era una ambulancia. Se detuvo con un chirriar de frenos detrás del último coche policíaco.

Aparqué lejos de allí, junto al bordillo, y luego retrocedí andando.

Me mezclé entre el grupo de gente preguntando lo que ocurría. Una señora con cara de caballo me dijo que habían matado a una chica y eso hizo que mi vello se pusiese de punta.

Salió por la puerta el teniente Walt Yates y se puso a hablar con un agente. Walt y yo hemos coincidido en algunos casos. Nos sentimos mutuamente respeto y eso es algo que me favorece mucho. Walt es un tipo de unos treinta y cinco años, con más aspecto de profesor de matemáticas que de policía, corpulento, de cabello corto y rasgos faciales enérgicos.

Me abrí paso a codazos y me acerqué poniéndome un cigarrillo en los labios. El agente desvió la cabeza y al verme, preguntó:

—¿Es de la casa?

Walt estaba pensativo, de espaldas.

—No, no soy de la casa —respondí.

—Pues, lárguese.

—Menos humos, agente —dije.

En eso se volvió Walt. Me había identificado por mi última respuesta, y en su frente había aparecido una arruga.

—Déjelo, agente —murmuró, observándome con un parpadeo.

—Hola, Walt.

—¿Cómo estás, chico?

—De primera.

—¿Qué haces aquí, Steve?

—Pasaba por la calle y vi la aglomeración y los coches. Me dije que era buena oportunidad para saludarte.

Hubo un silencio.

El agente se retiró porque había un tipo que quería entrar en la casa.

Walt y yo nos miramos fijamente.

—Me han dicho que han matado a una mujer, Walt —anuncié.

—Sí, fue eso.

Esperé que él dijese algo más, pero guardó silencio sin dejar de observarme.

—¿Pasas mucho por aquí, Steve? —me preguntó, de pronto.

—Apenas. Quedé citado con una chica en un bar de esta calle, pero me dio plantón. Me retiraba cuando vi el jaleo.

—La casualidad.

—Sí, la casualidad. ¿Cuál es su nombre? A ver si resulta que es la chica de la cita.

—Tendría gracia, ¿eh? Mary Hall.

Hubo otra pausa mientras yo encendía el cigarrillo y expulsaba el humo. No me tembló la mano.

—¿Es la chica de la cita, Steve? —me preguntó.

—No, no lo es. El nombre de la mía es Janet.

—Ellas dan muchos nombres. Tú ya sabes.

—Sí, teniente. La mía es pelirroja.

—Mary Hall es morena.

—Bueno, Walt. Te deseo suerte.

—¿Te he dicho que no hemos cazado al asesino?

—No, no me lo has dicho, pero basta mirarte a la cara y tener en cuenta tus preguntas. Yo también soy detective.

Yates sonrió muy débilmente.

—Hasta la vista, Walt —dije.

Y di la vuelta, encaminándome hacia donde había dejado mi coche.

El anónimo que había recibido Mary Hall no era ninguna broma. Ya había llegado la sorpresa desagradable. Saqué la foto del bolsillo y le eché una mirada. Luego di un suspiro y la volví a guardar. Me alejé de allí rápidamente.

CAPÍTULO II

Entré en una cafetería y me metí en la cabina telefónica.

Disqué el número de Harrison después de buscarlo en la guía. No tenía suerte en las llamadas. Tampoco descolgaron a la otra parte e igual ocurrió en el apartamento de mi rubia.

Bebí un par de *whiskys* en el mostrador y fumé un cigarrillo. Con ello di oportunidad a que pasasen veinte minutos. Luego tuve que esperar otros diez porque la cabina estaba ocupada por un tipo pesado. Al fin salió y tomé su lugar. Volví a llamar a Harrison. Después de tres señales, descolgaron el auricular.

—¿Harrison? —pregunté.

—¿Qué? ¿Quién llama?

No era la voz de Harrison.

—¿Harrison? —pregunté otra vez.

—No se puede poner en este momento, pero le transmitiré el recado.

Colgué inmediatamente.

Aposté a que el tipo con el que acababa de hablar era un policía. Bebí otro *whisky* para reanimarme. Bruno Harrison iba a tener muchas dificultades.

Me fui directo al Mombasa.

Las paredes estaban decoradas con palmeras y otros motivos africanos. Me senté en un taburete, y el mozo, que me atendió puso los ojos en blanco cuando le pedí un vaso de leche. Luego dijo que no tenía. Le pedí un *whisky* rebajado con agua.

La mitad de las mesas estaban ocupadas y en la pista bailaban media docena de parejas.

Una morena pretendió sacar partido de mí, pero la aventé de mi lado enviándole un silbido por la comisura de mi boca.

En eso se abrió una puerta que había al fondo y aparecieron dos agentes que yo conocía. Trabajaban con Yates. Metí la cabeza entre

los hombros y miré al vaso mientras pasaban por mis espaldas.

Cuando hubieron desaparecido, me puse en movimiento llevándome el vaso conmigo.

Abrí la puerta sin llamar y me colé dentro.

Dos tipos interrumpieron la conversación para mirarme. Había uno que estaba sentado tras una costosa mesa. Olía a perfume desde donde yo estaba. Era un fulano de pelo rizado, frente ancha y rasgos faciales en general correctos.

El otro era muy alto, debía pesar unos noventa kilos y su cara resultaba desagradable. A ambos lo vestía un sastre caro.

Vi un sillón que me pareció muy confortable, avancé dos pasos y me dejé caer en él. Luego crucé las piernas y bebí un trago del *whisky* rebajado.

Los dos fulanos me seguían mirando con las cejas enarcadas y se miraron uno a otro para cerciorarse de que ninguno de ellos soñaba.

—Soy de carne y hueso —dije por ayudarles.

El que estaba sentado empezó a levantarse. Su cara enrojecía por momentos. Me señaló con el dedo y casi temí que se le fuese a disparar.

—¡Salga de aquí! —Ladró.

—No se ponga así, Gray —dije—. ¿No ha leído las estadísticas? Miles de cardíacos mueren al año. Todo consiste en saber controlar los nervios.

—¿Quién es usted? —preguntó más furioso todavía.

—Steve Fox.

—¿El detective privado?

—Él detective.

El fulano grandote habló y pareció que dejaba pasar las palabras por un rayador.

—Yo se lo quitaré de en medio, señor Gray.

—¡Tú te callas, rinoceronte! —le espeté.

Apretó los puños y vino hacia mí. Me quedé inmóvil sin pestañear. Esperé a que Gray lo detuviese. De lo contrario, aquel energúmeno sería capaz de enviarme volando contra la pared.

Gané.

—Quieto, Jack.

Jack se detuvo respirando entre jadeos.

Sid Gray estaba recuperando poco a poco su color normal.

Acaricióse la garganta y dijo:

—No tenemos nada que esconder al señor Fox.

—¿Sabe por lo que he venido, señor Gray? —pregunté.

—Por lo de Mary Hall.

—Sí, ése es el motivo.

—La policía acaba de estar aquí, aunque ha sido por pura rutina.

—¿Usted cree?

—No ha venido el teniente que se ha encargado del caso. Se limitó a mandar dos agentes.

—Quizá el teniente ha pensado que usted, de todas formas, tendría una coartada.

Sid Gray sonrió.

—No, no fue por eso.

—¿Por qué, entonces?

—Es muy fácil. Tienen ya al asesino.

—Sí. ¿Quién es?

—Bruno Harrison, un tipo que estuvo casado con ella.

—Vaya, vaya, vaya —dije.

Y disminuí otra vez el nivel del *whisky*.

Sid Gray se frotó las manos.

—Puede ponerse en contacto con el teniente Yates —sugirió—. Estoy seguro de que él satisfará su curiosidad, señor Fox.

—¿No me pregunta por cuenta de quién trabajo?

—No me interesa.

—Eso es extraño.

—¿Por qué ha de ser extraño?

—Usted se iba a casar con Mary Hall.

Hubo una pausa.

Sid dejó de sonreír otra vez y desvió los labios hacia Jack. Pero seguidamente los volvió hacia mí.

—Mary y yo no concretamos nada a ese respecto.

Quizá nos hubiésemos casado y también es posible que no. ¿A quién representa, Fox?

—A Bruno Harrison.

Se alegró mucho.

—Lo siento por usted.

—¿De veras?

—Va a perder su tiempo y no va a ganar nada.

—El cliente pagó doscientos dólares por adelantado. Eso supone casi seis días de gasto.

—Inviértalos con alguna de las muchachas de ahí fuera y saldrá ganando.

—¿Y mi honorabilidad, señor Gray?

Gray sacudió la cabeza.

—No lo recordaba, usted es Steve Fox, el detective honrado.

—Eso es, el detective que no deja en la estacada a un solo cliente. Celebro que no lo ignore. Me costó mucho conseguir que la gente se diese cuenta de ello, especialmente cierta clase de gente.

Jack dio un paso hacia mí, pero Sid hizo un gesto con la mano y eso fue como si hubiese apretado el botón de un control remoto. Jack se detuvo de nuevo.

—Hablemos de otra cosa, Sid —dije—. Dígame qué personas deseaban la muerte de Mary.

—No conozco a nadie, a excepción de su propio marido.

—¿Por qué piensa que fue su marido?

—La policía tiene la certidumbre.

—Eso ya lo dijo antes. Ahora quiero saber las razones de usted.

—Está bien, Fox. Se lo diré. Era un tipo celoso, uno de esos fulanos de cerebro emponzoñado que no pueden consentir que a su mujer la roce siquiera otro hombre.

—Al parecer, conocía bien a Harrison.

—Lo he visto por aquí media docena de veces.

—¿Algún altercado con usted?

—No, ninguno. Era un cobarde. Se contentaba con sentarse a una mesa y ver a la mujer que había sido su esposa. De vez en cuando yo lo observaba. Sufría como un condenado en el infierno, especialmente cuando ella bailaba con otro.

—¿Venía con frecuencia por aquí?

—No lo sé cierto, pero si mal no recuerdo, se dejaba caer una vez cada tres o cuatro semanas.

—¿Cuándo hizo su última visita?

—Anoche.

—Cuénteme.

—Estuvo como siempre en su mesa. Tomó lo de siempre, un martini. Cuando Mary terminó su actuación, él fue a su camerino.

—¿Lo siguió usted o lo hizo alguno de los chicos?

Sid empezó a enrojecer otra vez.

—Lo vi dirigirse al camerino de Mary y con eso tuve bastante.

—Muy bien. ¿Cuánto tiempo permaneció él allí?

—Diez o quince minutos.

—¿Le vio la cara cuando salió?

—Sí.

—¿Qué le pareció?

—Estaba un poco alterado.

—¿Eso lo inventa ahora o fue realmente una impresión?

—Estaba alterado, y si quiere que añada algo más, saque la conclusión de que él y ella habían discutido.

—¿Qué hizo usted entonces?

Sid Gray comprimió los labios con fuerza. Le molestaba el interrogatorio a que yo le estaba sometiendo. Jack esperaba de pie su turno y para no enfriarse abría y cerraba los puños lentamente. Yo sabía que a una orden de su dueño se arrojaría sobre mí, y eso podía ocurrir de un momento a otro.

Sid hinchó los pulmones de aire y dijo:

—Fui a verla.

—¿Cómo la encontró?

—Se estaba poniendo polvos en la cara.

—¿Había llorado?

—No lo pude apreciar.

—¿Nerviosa?

—Sí, muy nerviosa. Le pregunté qué había ocurrido entre ella y Bruno, pero me dijo que prefería no hablar de ello.

Me tomé algún tiempo para hacer la siguiente pregunta:

—¿Qué me dice del anónimo, Sid?

—¿Anónimo? ¿Qué anónimo?

—A ella le enviaron uno exactamente hace tres días.

—No sé nada de eso.

—¿No se lo han contado los agentes?

—No.

Fijé mis ojos en los suyos, tratando de descubrir si me estaba engañando, pero yo no soy un detector de mentiras. Y Sid Gray podía desafiar a uno de esos chismes. Lo consideraré capaz de degollar a su abuela y quedarse tan fresco.

En eso se abrió de golpe una puerta que había al fondo y entró

un individuo.

—Hola, jefe —dijo.

Y fue a añadir algo, pero se interrumpió.

Era Dick Diamond, un tipo al que yo conocía desde siete u ocho años atrás. En aquella época traficaba con drogas. Por aquello le salió una condena de tres años y ahora podía dedicarse a lo mismo o a cualquier otra cosa que estuviese al margen de la ley. La palabra rehabilitación no estaba en su diccionario, y había llamado jefe a Sid.

Gray se volvió rápidamente.

—Ya te veré luego, Dick —dijo—. Vete ahora.

Pero mi mirada le atraía como la de la serpiente al pajarillo y se quedó quieto, como si no hubiese escuchado la orden.

—Hola, Dick —dije.

Torció la boca para sonreír.

—¿Qué hace aquí, Fox?

—Trabajo.

Dick miró a Sid Gray.

—Fox y yo nos entendemos bien, jefe —dijo—. Si necesita algo de él, no tiene más que recomendármelo a mí.

—No lo sabía —declaró Sid.

—Pues es así —afirmó Diamond—. ¿Verdad, Fox?

Y añadió:

—El y yo tenemos una cuenta pendiente —explicó el traficante—. Y yo estoy decidido a liquidarla.

No me gusta aquella combinación de Sid Gray y Dick Diamond. Apestaba demasiado para que yo lo pudiese soportar.

Me levanté.

—Siento privarles de mi grata presencia —dije—. Pero he de ir a otro sitio.

Sid Gray me observó.

—¿Asunto cancelado, Fox?

—No.

—No tengo nada que ver con esa muerte.

—¿Quién lo sabe?

—Se lo digo yo y basta.

—No para mí.

—Pregúntele a Diamond.

—Me gusta comprobar las cosas por mí mismo.

—No voy a consentir que husmee por aquí, Fox.

—Quizá no necesite hacerlo por aquí.

Sid Gray apretó los dientes.

—Échalo, Jack.

El grandote alargó su manaza hacia mí y yo le bateé la muñeca con el dorso de la mano. Pegó un graznido y entonces le solté un trallazo en la mandíbula. Se derrumbó sobre la gruesa alfombra.

Diamond se llevó la mano al sobaco, pero yo también hice correr la mía y se estuvo quieto. Dediqué una sonrisa a mi auditorio.

—Sé el camino, Sid, y no consiento que me echen de ningún sitio. Me marchó porque hay ciertas compañías que contagian.

Las orejas de Sid se estremecieron.

Jack estaba fuera de combate, boca arriba. Diamond proyectaba el mentón hacia delante en una mueca inhumana. Fue él quien habló.

—Te tengo ganas, Fox —dijo—. Será mejor que sigas el consejo de Sid.

—¿Y si no?

—Encontrarán tu cuerpo con seis agujeros en las aguas del Hudson.

—Eres un tipo muy ingenioso, Dick.

—Es lo más en serio que he dicho en mi vida.

—Lo sé, muchacho, pero ahora escucha tú esto. Cuida que no sea a ti a quien encuentren flotando en el agua.

Dick torció otra vez la boca y dejó oír una sonrisa cavernosa.

Empecé a retroceder hacia la puerta sin apartar la mano de mi sobaquera.

Jack estaba levantándose del suelo mirando a un lado y a otro y por fin detuvo en mí sus ojos.

—Espera, detective —dijo rabioso.

—Calla, bestia —le ordenó Sid.

Me parecieron tres chillones ratones en su nido.

Abrí la puerta a mis espaldas y salí fuera, cerrando por delante. Luego caminé con paso rápido al mostrador para dejar mi vaso.

Ya nada tenía que hacer allí. En esto oí un sollozo. Una mujer se estremecía en brazos de otra en una esquina del mostrador.

—¡No lo puedo creer! —dijo con voz hueca la mujer que lloraba

—. Mary muerta.

De pronto se desasíó de su compañera y echó a correr.

—Ana —la llamó la joven que quedó cerca de mí.

Pero Ana siguió su camino y desapareció por una puerta.

Dejó el vaso sobre el mostrador y entonces la chica se volvió.

CAPÍTULO III

Era una pelirroja de unos veinticuatro o veinticinco años, de estatura regular y muy bien formada. Tenía de todo en abundancia y justo donde lo precisaba.

—¿Era usted amiga de Mary Hall? —pregunté a quemarropa.

Ella me miró. Tenía una bonita cara.

—Sí, ella y yo éramos las vocalistas de la orquesta. ¿Policía?

—Casi. Detective privado.

—¿Sí?

—¿Me va a ayudar?

—¿Por qué no?

—Es grato encontrar una colaboración en un sitio como éste.

—¿Quiere decir que ya ha visto a Sid?

—Lo vi, hablamos y no saqué nada en conclusión. ¿Cuál es su nombre?

—Lucy Nelson.

—¿Quiere tomar algo, Lucy?

—Gracias, creo que lo necesito.

—¿El *whisky* va bien?

Asintió con la cabeza e hice una Señal al camarero pidiéndole dos *whiskys*.

Nos sentamos en los taburetes.

—Pobre Mary —murmuró Lucy—. Era amiga de todos.

—¿Cómo se han enterado ustedes de su muerte?

—Vino la policía y nos interrogaron en el despacho de Sid.

—Comprendo. ¿Qué tal le ha parecido lo de que el asesino sea Bruno Harrison?

—Sinceramente, me parecía un hombre pacífico, aun cuando estuviese celoso de Mary. Nunca le hubiese creído capaz de hacer una cosa así.

—¿Habló con él?

—Sí, me lo presentó Mary en una ocasión.

—¿Qué ha podido deducir de su amistad?

—Bruno quería a Mary, eso era indudable, y no perdía la esperanza de que ella volviese con él. Me fue simpático y le hablé a Mary de ello.

—¿De qué volviese con Bruno?

—Sí. No sé qué podía encontrar Mary en esta clase de vida. Así son las cosas. Unas sueñan con hallar un hombre que las aleje de esto y otras luchan por no dejarlo. ¿Lo comprende usted, señor...?

Le di mi nombre.

El mozo dejó los *whiskys* cerca de nosotros. Ambos bebimos. Saqué cigarrillos. Luego de encender dije:

—Según tengo entendido, el futuro de Mary Hall estaba ligado al de Sid Gray. ¿Oyó hablar algo de esto?

—Es lo que pensábamos todos, que Sid Gray se casaría con Mary.

—Sin embargo, él no me ha parecido muy afectado.

—Sid es un hombre de un caparazón duro, pero hay que comprenderlo. Quizá en su interior esté destrozado.

No pude imaginarme a Sid destrozado. Era cierto lo del caparazón, pero quizá Lucy ignoraba cuánta era su dureza.

—¿Le habló Mary del anónimo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ayer mismo, después de marcharse Bruno.

—¿Se lo exhibió?

—Sí, yo se lo pedí.

—Hablaron de ello, naturalmente.

—Le pregunté acerca de la persona que se lo podía haber mandado.

—¿Le dio algún nombre?

—El de una mujer.

—¿Una mujer?

—Patricia Walker. La única persona, a juicio de ella, que podía desear su muerte.

—¿Por qué?

—Hace cosa de dos años, antes de que se casase con Bruno Harrison, Mary viajaba en un automóvil en compañía de un hombre

llamado Frank Higtower. Los dos habían bebido un poco. Frank conducía. Atropellaron a una mujer en la calle. Al principio se temió por su vida, pero logró salvarse, aunque quedó inválida para toda su vida.

—Y ésa es Patricia Walker.

—Sí.

—¿No se lo hicieron pagar a Frank Higtower?

—Era un tipo de Texas con mucho dinero, contrató un buen abogado y lo sacó libre, aunque tuvo que hacer efectiva una fuerte multa e indemnizar a Patricia Walker con una bonita cantidad.

—¿Y Mary Hall creyó que ahora Patricia quería vengarse de ella?

—Sí. Realmente fue Frank Higtower el culpable, puesto que él era el que conducía. Frank murió en un accidente de aviación dos meses después de que atropellasen con su automóvil a Patricia Walker.

Permanecí un rato pensativo. Luego pregunté:

—¿Le ha contado todo eso a la policía?

—Desde luego, pero ellos no parecieron concederle mucha importancia.

—Mary demostró tener una confianza en usted que al parecer no tenía con Sid Gray. El me ha asegurado que no había nada del anónimo.

—Es posible.

—¿Le aconsejó usted que denunciase el caso a la policía o, al menos, que lo comunicase a Gray?

—Sí, se lo dije, pero Mary no quiso hablar de ello.

—Gray le hubiese podido proporcionar guardaespaldas para hacer fracasar cualquier complot en caso de que se produjese.

—Es lo que le sugerí, pero ella aborrecía a los guardaespaldas de Sid. La verdadera razón es que después de mucho pensar llegó a la conclusión de que el anónimo sólo se lo habían enviado para asustarla. Según ella, solamente podía habérselo enviado Patricia Walker y ella estaba impedida. —Lucy hizo una pausa—. De todas formas yo le expresé mi opinión de que se lo diría a Sid y ella me lo prohibió. Ojalá no le hubiese hecho caso. Quizá a estas horas estaría viva.

Pagué al mozo y salté del taburete.

—¿No hay nada más que me pueda decir, Lucy?

—Lo siento, nada más.

Nos estrechamos la mano y me despedí de ella.

No podía demorarlo más tiempo. Necesitaba hablar con Bruno Harrison y para llegar a él tenía que pasar por el teniente Yates.

Fui al precinto y, cuando entré en la sala, varias cabezas se levantaron y las miradas convergieron en mí.

El sargento Owen se me acercó contoneándose.

—Me ha hecho ganar cinco pavos, Fox.

—¿Sí?

—Aposté con el teniente a que usted se dejaría caer por aquí.

—Si quiere, me voy.

—Oh, no. Es un placer ganar el dinero a un superior. Por aquí, tenga la bondad, señor Fox.

Hizo una reverencia algo exagerada y en su boca apareció una sonrisa sardónica.

Llamó en una puerta con los nudillos y la voz de Yates le autorizó la entrada.

Owen abrió y, con voz engolada, anunció:

—Steve Fox, detective privado, teniente.

Walt estaba sentado tras una mesa y me miró con los ojos fruncidos mientras yo pasaba al interior.

El sargento inquirió con retintín:

—¿Alguna cosa más, teniente?

Walt hizo una mueca y sacó del bolsillo unos cuantos billetes arrugados. Comprobó que eran cinco, hizo una pelota con ellos y se los arrojó al sargento.

—¡Váyase al infierno!

El sargento soltó una risita y salió fuera, cerrando a sus espaldas.

Walt y yo nos miramos otra vez, sin pronunciar palabra alguna.

Me senté en un sillón de cuero, que necesitaba ser sustituido por otro.

Walt rompió el mutismo por fin.

—Parece que él te conoce mejor que yo.

—Es posible.

—No debiste venir.

—Sabes que nunca abandono.

—Éste es un caso claro, Steve. Bruno es el culpable. No hay otro.

—Quisiera que me lo demostrases.

—No tengo inconveniente. Es una historia vulgar.

—Adelante.

—Bruno Harrison estaba enamorado de su mujer, lo estuvo siempre. Ella se separó porque quería continuar su vida, pero Bruno no le dijo un adiós definitivo cuando el juez dictó la separación. Hay tipos así.

—Digamos que es algo corriente.

—Bruno la siguió viendo en ese local, el Mombasa, donde ella actuaba. Naturalmente pegaba la hebra con ella cuando podía y hay que figurarse que trataría de barrer para su casa, pero Mary. Hall siguió en sus trece. Bruno podía ser su amigo, pero nada más. No estaba en su ánimo volverse a casar con su ex marido. De esa forma, los celos se fueron apoderando de Harrison hasta que no pudo más.

—¿Y qué hizo entonces?

—Se le ocurrió una idea y si le fallaba pensó matar a su mujer.

—Eso es muy emocionante. Continúa.

—Escribió un anónimo a Mary Hall. En dicho anónimo la amenazaba.

—¿Cómo sabes que Bruno fue quien lo escribió?

—Ha sido comprobado. Fue escrito en una portátil que encontramos en el propio apartamento de Bruno.

El estómago se me encogió.

—¿Es eso seguro, Walt?

—No hay duda. A menos que quieras dudar de un informe técnico. Puedes convencerte tú mismo.

Había muchas carpetas encima de la mesa y Walt cogió la primera de ellas, la abrió y tendió hacia mi dos papeles. Uno de ellos era el anónimo. En él se decía: «No siga adelante. Puede encontrarse con una sorpresa que quizá no tenga tiempo para lamentar».

Eran exactamente las mismas palabras que yo había oído antes en boca de Bruno. Resultaba casi increíble que hubiese podido decirlas sin un solo fallo. Ello abonaba la idea de que el anónimo había partido de él. Lo había estado pensando mucho tiempo antes de enviarlo y quizá lo leyó un centenar de veces antes de enviárselo a su mujer, pero, por si faltaba algo, en la otra hoja estaba la comprobación. Uno de los agentes de la policía, Jeromo Duncan,

según rezaba al pie, había escrito con la portátil de Harrison. Era de una conocida marca y se insertaba el número de serie. Comparé las letras que había en uno y otro papel. Walt me tendió una lupa para que no me perdiese detalle. No había duda. Me convencí al instante en cuanto eché una ojeada. El palo central de la eme era demasiado grueso.

Devolví la lupa y las cuartillas.

—Eso no prueba que lo hiciese —dije.

—Sí —sonrió Walt—. Alguien pudo entrar en su apartamento y escribir con la máquina de Harrison.

—¿Habría resultado imposible?

—No, desde luego. Cualquiera lo habría podido hacer, pero en realidad esta prueba, con ser buena, tú sabes que es circunstancial. Hay algo más definitivo.

—¿El qué?

—Mary Hall peleó con Bruno antes de morir. Fue una lucha feroz. Finalmente, Mary cayó cuando él le asestó una cuchillada. Bruno se hirió en la pelea.

—¿Dónde?

—En la mano derecha.

Recordé la diestra vendada de Harrison y cerré los ojos.

—Los chicos del laboratorio han encontrado muestras de sangre de Bruno en el *living* del apartamento de Mary, justo donde ella fue asesinada y, por si fuera poco, él mismo ha confesado que es suya.

Abrí los ojos.

—¿A qué hora ocurrió?

—Entre las seis veinticinco y las siete de esta tarde. El encargado del edificio vio llegar a Bruno Harrison alrededor de las seis y veinte. Salió como cosa de media hora después muy excitado.

—¿Se fijó el encargado en lo de la mano?

—Sí, ya la llevaba vendada.

—Así que se la vendó en el propio apartamento de Mary después de haberla matado...

—No hay duda de eso. El cuarto de baño de ella tenía un botiquín, el cual había sido usado. Encontramos las huellas dactilares de Bruno. Los de la dactiloscopia han encontrado las huellas de Bruno en la caja, en el toallero y en los tiradores de la puerta. Naturalmente, también las hay en los sillones que había por

el suelo, lo mismo que en la puerta de entrada al apartamento.

Me apreté las sienes con la mano.

—Es absurdo —me oí decir.

—¿Dónde está lo absurdo?

—Si ese hombre es el asesino, es un pobre imbécil.

—Nunca he considerado a un criminal como un pobre imbécil.

Eso es cosa de los abogados.

—Bruno me llamó alrededor de las seis a mi despacho. Lo hizo desde un bar, el Pingüino en la calle Ochenta y Tres, Oeste, doscientos cincuenta y siete. Como tú sabes, tengo que cruzar toda la ciudad para ir allá. Cuando llegué alrededor de las seis cuarenta y cinco, él estaba allí sentado con su mano vendada. Suponiendo que ésa es la persona que hay que enviar a la silla eléctrica, ¿te das cuenta de su estupidez? Trató de utilizarme como coartada, pero ¿qué clase de coartada es ésa?

Walt sacudió la cabeza.

—Yo lo encuentro todo lógico.

—¿Sí? Anda, cuéntamela.

—Escribió el anónimo y pensó deshacerse de la máquina portátil con posteridad. Conocía las costumbres de Mary Hall, y que hasta las siete y media no empezaba su turno en el Mombasa. Ella acostumbraba siempre llegar unos minutos antes de esa hora y hasta entonces estaba en su apartamento. Necesitaba una persona que certificase que él no se había movido de aquel bar donde pensaba permanecer aparentemente mientras su mujer moría. El anónimo también le sirvió para contratar a un detective y pensó utilizarlo, naturalmente, como testigo. Tenía que ser alguien que invirtiese cuarenta y cinco minutos en llegar al bar, justo a ti, que debías cruzar la ciudad para acudir a la cita. Era el tiempo que él necesitaba para deshacerse de su mujer. En cuanto colgó el teléfono se puso en campaña. —El teniente hizo una pausa—. Lo único que ha pasado es que las cosas le salieron mal.

—Pero una vez que la mató, ¿por qué no limpió las huellas que había dejado en el piso? Infiernos, daba lo mismo que se hubiese quedado. Fue incluso visto por el encargado. ¿Es que no te das cuenta, Walt? Dime qué clase de coartada es ésa. ¿Para qué infiernos le hacía falta que yo fuese al bar?

—Sólo existe una explicación. Se puso nervioso, no es un

criminal nato. Tú debes haber conocido a otros, Steve.

—Pero él procedió delante de mí como si no lo hubiese hecho. Me habló con la mayor naturalidad del anónimo, me contó su historia encargándome que vigilase a su mujer para impedir que alguien le pudiese hacer daño. ¿Por qué todo eso?

—Su mente se desequilibró. Quizá es un sicópata.

—Déjate de sicópatas. Dijiste antes que son cosas para los abogados. Si recobró la seguridad en el bar, ¿por qué infiernos cuando llegó a su apartamento no se deshizo de la máquina de escribir?

—Quizá porque creyó que nos llevaría un poco de tiempo el aparecer por allí.

—¿Sí? Eso me recuerda que aún no sé de qué forma fuisteis informados. Llegasteis demasiado pronto a la casa.

—Lo descubrió una chica, una tal Carol Ross. Tiene un apartamento una planta más arriba del de Mary Hall. La chica trabaja como dibujante en una editorial de publicaciones infantiles. Justo iba a entregar su trabajo y como sabía que Mary se dirigía al club aproximadamente a aquella hora, pensó que podían hacer el viaje juntas. Oprimió el timbre y no le abrieron. Eso le pareció extraño puesto que sabía que Mary estaba a aquellas horas allí y por fin se decidió a abrir la puerta, que no estaba cerrada con llave. Lo demás te lo puedes imaginar.

—¿Nadie oyó la pelea en el apartamento?

—Nadie, es una casa moderna y a prueba de ruidos.

—¿Qué tal es esa Carol Ross?

—Una morena muy bonita y con gran dominio de sí misma.

—¿Alguna cosa entre ella y Mary Mall?

—Se llevaban bien, al decir del encargado.

—¿Otros vecinos?

—Mary Hall llevaba muy poco tiempo en la casa. Unos cuatro meses. Antes había estado en un hotel a raíz de la separación con su marido.

—¿Qué hotel?

—Emporium, en la calle Setenta y Dos, Este.

—¿Han logrado tus chicos algo allí?

—Nada. Nunca recibió a un hombre.

—Comprendo, después de todo tus muchachos no tendrán

mucho interés. El caso para vosotros está resuelto.

—Dime que no lo está para ti y empezaré a creer que estás perdiendo facultades, Steve.

—Volviendo al papel que yo juego en el asunto, si Bruno pensaba utilizarme a mí para probar su coartada, ¿por qué diablos no se buscó un reservado? Estaba sentado en una mesa a la vista de todos.

—¿Otra vez con eso? Estaba con los nervios rotos.

—Quedamos en que cuando llegó al bar recobró la serenidad. Además, otra cosa.

—¿El qué?

—Debió pagar a alguien del establecimiento para que asegurarse que él no se había movido de allí.

—¡Al diablo! —chilló Walt—. Encontramos las manchas de la propia sangre de Bruno. Escribió un anónimo a su mujer con su máquina portátil. El encargado lo vio salir de la casa con la mano vendada. Hallamos sus huellas dactilares en el botiquín, en los tiradores de las puertas y en los muebles que estaban esparcidos por la habitación.

—¿Ha contado ya su historia?

—No ha querido hablar.

—Otra vez ha vuelto a romper sus nervios —dije can soma.

—No te burles.

—Está bien, perdona —me froté el dorso de la mano sobre mi mejilla—. ¿Puedo ver las fotografías que sacasteis del cadáver y de la habitación?

—Claro que sí, genio.

Me pasó la carpeta. Las fotografías todavía estaban blandas. Vi en primer lugar a Mary Hall tendida sobre la alfombra. Le habían dado una cuchillada en el vientre, hacia la derecha. La herida había sangrado mucho. Cerca de la cabeza había un sillón volcado. La siguiente foto era una panorámica de la habitación. Ahora eran dos los sillones volcados y también había una silla. Una mesa ratona había caído a un lado y un florero se había hecho añicos. También había por el suelo un cenicero, restos de cigarrillos, un vaso que no se había roto y que debía de haber contenido algo porque en la alfombra había una mancha oscura.

La tercera foto era del cuarto de baño. La habían disparado de

forma que saliese el botiquín. Estaba abierto de par en par y la persona que lo utilizó lo había hecho precipitadamente. Una venda colgaba del anaquel inferior. La toalla se había caído de la barra de plástico que debía sostenerla.

Devolví las fotos.

—Quisiera verlo, Walt.

El teniente fijó en mí los ojos mientras arrugaba el ceño.

—Tú sabes que eso no puede ser.

—Es un favor especial.

—¿Para qué? ¿Es que no estás todavía convencido?

—Quiero que me aclare un par de cosas.

—Ya te he dicho que no hemos conseguido sacarle nada.

—Es posible que yo tenga más suerte.

—Los chicos están trabajando con él desde hace una hora.

—Concédeme a mi diez minutos.

—Estupendo, y que sea el hazmerreír de los muchachos. Todavía no comprendo por qué te concedo beligerancia cuando los demás oficiales de policía de la ciudad te detestan.

—Porque tú no eres como ellos.

—Deja de darme coba —se levantó del sillón—. Está bien —me apuntó con el dedo—, pero luego me dirás lo que te ha dicho.

—Tiene mi palabra.

—Quisiera creerte, Steve.

—No te fallaré, Walt. Sabrás tanto como yo.

—Muy bien. Vamos.

CAPÍTULO IV

Salimos fuera y las cabezas giraron hacia nosotros. Cruzamos la amplia habitación y el teniente abrió una puerta y me hizo una señal para que pasase con él.

La atmósfera estaba llena de humo.

En el cuarto sólo había tres sillas. En la del centro se hallaba sentado Bruno Harrison. Miraba al suelo. Dos agentes se incorporaron al ver al teniente.

Cerré a mis espaldas.

Walt observó a sus hombres y el más alto murmuró:

—Nada, ni una palabra.

Pasé por junto a Walt y me acerqué a Bruno.

—¿Qué tal, señor Harrison?

Se estremeció y levantó poco a poco la mirada depositándola en mi cara. Movié la cabeza, pero sólo hizo eso y volvió los ojos al piso.

Giré hacia el teniente y le hice un gesto de afirmación.

Walt hizo una señal a sus chicos, pero necesitó repetírsela. Luego fueron saliendo hasta que al final quedamos a solas Harrison y yo.

Alcancé una silla y me senté.

Saqué el paquete de cigarrillos.

—¿Quiere fumar? —pregunté.

Meneó la cabeza en sentido negativo.

Después de encender, añadí mi porción de humo al que ya había en la atmósfera.

—Hay una cosa que no comprendo, Bruno. ¿Por qué insistió usted en representar aquella comedia en el bar después que sólo le faltó dejar su tarjeta de visita en el apartamento de su mujer?

—¿Cómo? —preguntó mirándome otra vez.

—Usted había matado a Mary Hall. No le salieron las cosas

como había pensado y tuvo que luchar con ella...

—Oh, no. Usted no puede pensar eso, señor Fox.

—Quisiera saber por qué clase de idiota me ha tomado, Harrison.

Hizo una mueca de compunción como si se fuese a echar a llorar.

—¿Usted también, señor Fox?

—Sí, yo también.

Se cogió la cabeza con las manos y empezó a sacudirla de un lado a otro.

—Es horrible.

Yo tenía que ser duro.

—Sí, es horrible que una mujer como Mary Hall haya sido muerta por los estúpidos celos de un hombre que, después de todo, debió respetar sus deseos de alejarse de él.

—Es posible que tenga usted razón, pero yo la quería.

—Sí, usted la quería y por eso quiso acabar con ella, cuando se convenció de que no podría disuadirla de ninguna forma para que volviese a su lado. Entonces preparó su repugnante crimen.

—¿Yo? —Me miró otra vez con los ojos muy abiertos—. Yo no preparé nada, señor Fox.

—Y empezó con el anónimo.

—Sí, lo escribí yo.

—De modo que no preparó nada —me levanté furioso y la silla cayó al suelo—. Ande, Harrison, trate de explicarme lo del anónimo.

Los labios le temblaron.

—Lo escribí para atemorizarla. Pensé que era una buena idea para que ella y yo nos reconciliásemos.

—¿Sí?

—¿Es que no se da cuenta? Mary vivía en un mundo artificial, rodeada de seres sin alma y a ella le gustaba eso y me imaginé que si de pronto se encontraba ante un supuesto peligro, ella se acordaría de la única persona que quería de verdad.

—Usted.

—Sí, yo.

—Admitamos por un momento que fue así, que usted al mandarle ese anónimo sólo perseguía su felicidad. ¿Por qué me

llamó a mí?

—Necesitaba demostrarle que me ocupaba de ella, de que el anónimo era para mí también una preocupación.

—¿Le dijo usted en el camerino cuando la visitó anoche, que iba a contratar un detective privado?

—No, y por eso fui a decírselo.

—¿Cuándo?

—Mientras usted llegaba al bar.

—Qué gracioso.

—Le juro que es cierto.

—Déjese de historias. Usted fue a buscar un detective de la otra parte de la ciudad porque necesitaba tiempo.

—No es cierto. ¿Es que no se acuerda de que me habló de usted Jimmy Logan? Yo estaba cerca del apartamento de Mary y entré en aquel bar. No tengo la culpa de que usted viviese al otro extremo de Nueva York. Pensé que en lugar de esperarlo allí a usted podía ir a verla a ella y decirle que tendría a su lado un detective.

—Puedo pulverizar eso muy pronto, Bruno. Sólo tengo que dejarme caer otra vez en el bar Pingüino. Apuesto a que hay algún camarero o empleado que está dispuesto a jurarme que usted no se movió de aquella mesa.

—No hablé con ningún camarero ni con nadie... No necesitaba que nadie asegurase que yo no me había movido de allí.

Me pasé la mano por la cabeza.

—¿Por qué ha de mentir, Bruno? ¿Es que no se da cuenta...? Está cogado, atrapado.

—No le miento, señor Fox, le juro que no le miento.

—Usted está loco y quiere también que lo esté yo.

—Le estoy diciendo la verdad.

—Estupendo. Usted fue al apartamento de Mary para decirle que había contratado un detective. Puede continuar. Ande, coloque otra sarta de mentiras.

—Fui allí y apreté el timbre. No me abrieron. Entonces hice girar el tirador y pasé al interior. En el *living* estaba mi mujer... La estaba besando un hombre.

—¿Un hombre? ¿Quién?

—No lo sé, no lo había visto en mi vida. La sangre se me agolpó en las sienes. Fue algo súbito, no lo pude remediar. Me lancé contra

aquel hombre; quería estrangularle. Dicen que todos tenemos un animal dentro y creo que tienen razón. Yo lo alcancé en la cara, una, dos, tres veces, pero era un tipo muy fuerte y se rehízo en seguida. Fuimos de un lado a otro de la habitación, atropellando muebles, cayéndonos, levantándonos. Finalmente él me golpeó con más fuerza y me dejó sin sentido. Cuando volví en mí algo después, el rubio ya se había marchado; pero Mary estaba allí. Le pregunté quién era y me replicó que no me importaba; Se puso muy furiosa, dijo que no quería verme más, que no tenía ningún derecho a seguir molestandola... Me desmoralizó con sus palabras. No tenía valor ni siquiera para contestarle... Había ido allí para decirle lo de usted, pero de pronto lo encontré ridículo todo, el envío del anónimo y aquel plan que yo había fraguado para que ella volviese a mí. Pensé que yo era el ser más aborrecible de la creación. No le dije nada. Mi mano goteaba sangre. Asentí a todo lo que ella dijo, le respondí que la dejaría en paz y le pregunté si podía ir al cuarto de baño para arreglarme un poco. Dio su consentimiento. Fui allá, vi el botiquín y me vendé la mano, me lavé un poco y me peiné y luego salí fuera. Nos miramos sin dirigirnos la palabra y abandoné el apartamento.

—Y se fue al bar Pingüino a esperarme.

—Sí.

—Y cuando llegué al bar, usted ya pensó otra cosa.

—Estuve reflexionando durante todo el camino. Mientras estuve con Mary me fue fácil pensar en renunciar a ella, pero luego, a solas por la calle, y allí en el bar, me dije que yo era incapaz de hacer ese sacrificio. Tenía que seguir luchando por ella. Quizá también me animó la idea de que usted estaba al llegar, de que ya lo había contratado. Me aferré a lo del anónimo como a la última tabla de salvación. Pensé que ya que me encontraba en marcha, quizá podría dar resultado. Estaba aquel hombre rubio que había probado ser un tipo muy violento. Era justo la clase de hombre con los que ella tendría que relacionarse en su carrera. No podía consentirlo, señor Fox.

—¿Por qué no me contó todo eso en el bar?

—¿Qué hubiese adelantado con ello?... Yo tenía que seguir engañándolo a usted con respecto a lo del anónimo. No podía decirle lo que había ocurrido en el apartamento mientras usted acudía a la cita.

Di unos pasos por la estancia y de pronto me volví hacia él.

—Es la cosa más absurda que he oído en mi vida. ¿Por qué no confiesa de una vez, Harrison?

—Ya he confesado.

—No ha dicho la verdad.

—Todo lo que he dicho es la verdad.

—Déjese de historias. ¿Quién es el tipo rubio?

—No lo sé.

—Nunca lo vio, ¿eh?

—No, jamás lo vi.

—¿Le dio ella algún nombre?

—No.

—Describámelo.

—Le calculé unos treinta y cinco años de edad, muy alto, robusto, ojos verdes. El color de su cara es muy moreno, como el de una persona que ha pasado recientemente una temporada en la playa.

—¿Necesito recordarle que estamos en febrero?

—Sin embargo, ése era su color.

—Hábleme de su traje.

—Era un gris marengo, zapatos negros, camisa blanca.

—Al parecer se fijó en muchos detalles teniendo en cuenta que usted estaba como loco.

—Soy muy observador.

—Sí, ya lo veo. ¿Se da cuenta de que eso no significa nada?

—¿El qué?

—Hay muchos hombres rubios en Nueva York de treinta y cinco años, corpulentos. Los hay a centenares, a miles.

—Pero alguien lo habrá visto. Yo no debí ser la única persona. Quizá el encargado o algún vecino... Se estaban besando. Debía haber alguna confianza entre ellos.

—El encargado no ha hablado de ningún hombre rubio. Sólo lo vio a usted salir y le vio la mano vendada.

—Quizá el otro no necesitó salir. Es posible que viva en el mismo edificio.

Me acerqué otra vez a él.

—Escuche, Harrison. Tiene demasiadas cosas en contra. ¿Por qué no cede de una vez?

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué no confiesa a la policía? Es posible que salga mejor librado.

—No, no lo haré nunca, yo no fui, señor Fox... No podía matarla, la quería. La quería con todas mis fuerzas.

—Sí, usted la quería y ése es el motivo por el que la mató.

—No lo hice. Le juro que no lo hice.

Harrison no pudo contenerse más y se echó a llorar, ocultando la cara entre las manos.

—No podía matar a Mary... No podía... Yo estaba enamorado de ella.

Luego se deshizo en llanto, como un chiquillo, estremeciendo los hombros.

Fui hacia la puerta y la abrí saliendo fuera.

Los dos agentes estaban cerca, pero no así el teniente. Me miraron con la cabeza echada hacia atrás. Sonrieron y pasaron a la habitación.

Yo crucé otra vez la sala y entré en el despacho del teniente.

Walt estaba hablando por teléfono.

—Sí, comisionado. Confesará, no se preocupe, es cuestión de un poco de tiempo. Todo está aclarado... Gracias, comisionado.

Colgó y se me quedó mirando.

—Ya ha confesado —dije.

—Estupendo.

—No la mató.

Se me quedó mirando con los ojos entrecerrados.

—Repítele eso.

—El no la mató.

—Vete a casa y ponte debajo de la ducha.

—De acuerdo, me iré, pero antes quiero contarte su historia.

—No me hace falta.

—Fue lo acordado. Te di mi palabra de que te contaría lo que dijese.

—De acuerdo, genio. Adelante.

Le conté toda la historia de Bruno Harrison, tal como me la había relatado. Unas cuantas veces se dispuso a interrumpirme, pero yo no lo dejé porque quería soltarle el rollo de una vez. Cuando lo hice siguió mirándome y retrepóse en el sillón.

—¿Tú has creído eso, Steve?

—Sí.

—Porque es tu cliente, ¿verdad?

—No, por eso no, y tú lo sabes perfectamente.

—No, no lo sé. Tú has podido ser honrado siempre, pero dicen que todos los hombres dejan de serlo alguna vez.

—Su historia parece mucho más lógica que la tuya. Me ha aclarado los puntos que yo tenía oscuros. No ha habido tal coartada. No habló con nadie en el bar, para que cuando llegase el momento testimoniase que él no había salido de allí. No eligió un detective que tuviese que invertir cuarenta y cinco minutos en llegar al lugar de la cita, me llamó porque había oído hablar de mí a un amigo. Todas las pruebas han quedado convertidas en circunstanciales.

—¿La sangre también, Steve? ¿Y las huellas dactilares?

—Encajan perfectamente en su relato.

—Está bien, terminemos de una vez. Tú lo crees, no., te censuro por ello. Sigue adelante, pierde el tiempo... Pero no me hagas perder el mío.

—¿Qué sabes de Patricia Walker?

—¿Patricia Walker?... Oh, sí. Los muchachos recibieron esa información de Lucy Nelson, una compañera de Mary Hall. Quieres saberlo, ¿verdad? ¿Crees que puede ser ella? ¿Esa mujer?

—Es una posibilidad.

Se levantó bruscamente y fue hacia la puerta, abriéndola de un tirón.

—¡Callaghan!

Oí pasos y poco después apareció uno de los inspectores. Era de estatura regular y grandes mofletes.

Walt se volvió hacia mí.

—Informa al detective acerca de Patricia Walker.

Callaghan se puso a hablar como si recitase una oración.

—Fui a las veinte diez al veinticuatro de la calle Ochenta y Ocho, Oeste. Me acompañaba el agente James Mortimer. Nos abrió la puerta una enfermera, que nos introdujo en una habitación muy oscura. Cerca de una ventana, que estaba casi completamente cerrada, con los ^ visillos echados, había una mujer postrada en un sillón de inválido. A nuestra pregunta aseguró ser Patricia Walker. Le dimos cuenta de la muerte de Mary Hall y ella dijo que lo sentía.

Le recordamos el accidente y ella declaró que Mary Hall no había sido responsable de ello. Se refirió a un caso desgraciado. Después de eso, nada teníamos que hacer allí y nos marchamos.

—Gracias, Callaghan —dijo el teniente.

El agente sacudió la cabeza y se marchó.

Walt se metió las manos en el bolsillo mientras me observaba.

—Ahí tienes lo de Patricia Walker. Es una mujer impedida y a pesar de todo lo que ocurrió, ha sentido la muerte de Mary Hall —ladeó la cabeza sonriendo—. Ya sé lo que me vas a decir, que ella ha podido pagar a alguien para que matase a Mary Hall; pero si admitimos eso, entonces yo te diré una cosa: Jamás la policía podría presentar pruebas concluyentes contra nadie, a no ser una fotografía del asesino en el momento en que hundiese el puñal a su víctima o le estuviese pegando dos tiros. Es posible que eso lo pueda conseguir la policía dentro de mil años, pero ahora tenemos que hacerlo de otra forma y, la verdad, me parece a mí, que no es tan mala. Ese Bruno Harrison no es un tonto como parece, y ha utilizado un buen truco, aunque no es del todo original. Ha creado a un personaje, un hombre rubio que estaba besando a su mujer, un fantasma, un completo desconocido...

—¿Hablaste con el encargado?

—Claro que sí, hablé con el encargado y no vio a ningún rubio. ¿Cómo quieres que lo viese si nunca existió?

—¿Sólo se refirió a Bruno Harrison y a su mano vendada?

—También habló de otras dos personas. Una mujer de cincuenta años que vive en la primera planta y que no tiene nada que ver con Mary Hall, porque ni siquiera la conoce. Se dedica a hacer labores de punto y justamente salió de su casa para entregar uno de sus encargos.

—¿Y la otra persona?

—Un muchacho de veintitrés años que iba a su clase de violín. Vive con sus padres en la tercera planta. Es un muchacho tímido, de conducta intachable. Sí, conocía a Mary Hall, la había visto en un par de ocasiones, pero jamás habló con ella. Tampoco existe ninguna relación.

Asentí con la cabeza.

—Háblame de lo más importante.

—¿Qué es lo más importante para ti?

—El arma, el cuchillo con el que la mataron. No lo dejaron dentro del cuerpo.

Walt hizo una mueca.

—No tenemos el cuchillo porque Bruno se lo llevó.

—¿Por qué se lo tenía que llevar? Eso hubiese indicado una reflexión por parte suya. Pero ¿te das cuenta, Walt? Había dejado huellas en la casa por docenas, dejó su propia sangre, y admites que estuvo lo suficientemente sereno para llevarse el cuchillo con el que había matado a Mary Hall y desprenderse de él en el camino arrojándolo en cualquier parte. ¡Es un contrasentido!

—El crimen en sí es un contrasentido, ¿no lo aprendiste nunca, Steve? Hay cosas que no se pueden explicar... Nadie las puede explicar, ni el mejor criminalista. Tráeme el más estupendo sociólogo y yo le presentaré casos en los que pensará durante toda su vida sin dar una solución correcta.

—Estoy viendo que tú también has perdido un poco la noción de las cosas.

—Claro que sí, Steve. ¿Sabes por qué? Porque tengo a un criminal en mis manos, a un hombre que ha asesinado y lo ha hecho con premeditación y está cogido y no voy a consentir que se me escape de las manos.

Eché a andar hacia la puerta.

—¡Espera, Steve! —gritó.

Me detuve y volví la cabeza hacia él sin decir nada.

—¿Qué vas a hacer, Steve? —inquirió.

—Voy a continuar trabajando en el caso.

—Muy bien. No te lo puedo prohibir.

—No, no me lo puedes prohibir y si lo hicieses no serviría de nada.

—Tú eres un tipo muy concienzudo, pero escucha esto: No trates de jugar sucio.

—Nunca lo he hecho. Tendrás noticias mías, teniente.

Luego salí y cerré a mis espaldas. Mientras cruzaba la sala sentí que las miradas de todos los hombres que había allí me acompañaban.

Ya en la calle encendí un cigarrillo y caminé hacia mi coche.

Poco después me alejaba del precinto.

CAPÍTULO V

Fui a mi despacho y llamé a Jimmy Logan a Chicago. Bruno Harrison era una persona competente dentro de su profesión. Efectivamente, le había hablado a Bruno de mí. No pudo decirme mucho acerca de las cualidades morales de Harrison aunque a él le había parecido buena persona. Cuando colgué permanecí pensativo un rato. Luego cogí unas cuartillas, y me puse a hacer un resumen del caso.

Lo estudié desde varios ángulos y finalmente me tracé un plan. No había comido nada. Me fui a un restaurante automático y luego, sin nada que hacer, decidí que debía dormir ya que al día siguiente tendría que trabajar duro.

Abrí con llave la puerta de mi apartamento y al entrar en el *living* vi al tipo que había sentado en un sillón. Tenía una pistola en la mano. Nos quedamos mirando un rato. Era más bien bajo, pero muy robusto. Su nariz era muy chata y en la ceja izquierda tenía un profundo, corte.

—Hola —dijo.

—Hola —dije.

—No se dio mucha prisa. Pensé que ya no vendría.

—Discúlpeme, estuve muy ocupado.

—Pero al fin está aquí.

—Al fin estoy aquí.

—¿Va a repetir todo lo que yo diga, míster?

—Ahora ganó, amigo.

Se echó a reír.

—No parece un tipo nervioso, míster.

—¿Le extraña?

—Todos se ablandan cuando ven una pistola.

—Quizá yo esté acostumbrado a verlas. Tengo una.

—¿Dónde?

—En la sobaquera.

—Qué lástima, y no le va a servir de nada.

—Es lo que digo yo —me humedecí el labio inferior con la lengua—. ¿Puedo tomar un *whisky*?

—¿Dónde está?

—En la cocina.

—¿Cree que es necesario?

—¿Por qué no hemos de confraternizar antes de que haga su trabajo?

Se echó a reír.

—Me gustaría saber si prepara una trampa, míster.

—Puede venir detrás de mi apuntándome a la espina dorsal. Si yo intento algo, me parte en dos.

—Tengo la impresión de que habla en serio.

—Sólo me interesa el *whisky*. Es condenadamente bueno para toda clase de situaciones, incluso ésta.

—Está bien, sabueso. Iremos allá.

Se puso en pie y me hizo una señal con la pistola para que le precediese.

Crucé la habitación y él vino detrás.

Pasamos a la cocina y yo le señalé la nevera.

—La botella está ahí dentro —dije.

Se colocó de forma que pudiese ver lo que había dentro de la nevera cuando yo abriese la puerta.

Puse la mano en el tirador y abrí.

La botella estaba allí y abajo había un plato con salsa de tomate.

Me retiré a un lado para que mi visitante pudiese cerciorarse de que no había ningún arma.

—Adelante —dijo—. Saque la botella.

Me incliné y metí la mano izquierda para coger la botella, pero también introduje la mano derecha y tomé el plato con los dedos índice y pulgar. Tiré de las dos cosas al mismo tiempo acercándome el plato al estómago. Luego giré bruscamente e imprimí a mi muñeca el movimiento necesario para que el tomate saliese despedido.

El *gángster* se había confiado un poco y recibió toda la carga en el rostro.

Salté a un lado y descargué la botella en su mano armada. Un

poco antes la pistola se disparó y el proyectil se incrustó en la nevera arruinándomela.

El tipo lanzó un aullido, pero ni aun así soltó el arma.

Le pegué un patadón con todas mis fuerzas en la muñeca y su «quitapenas» fue a chocar contra el techo. Nos quedamos un segundo mirándonos, él con toda la cara llena de tomate resbalándole por la pechera.

No le gustó la salsa, sus ojos chispeaban furiosos...

—¡Maldito seas! —exclamó.

Se abalanzó sobre mí y yo le detuve con un golpe seco en el, plexo solar. Luego bajé rápidamente la mano y le pegué con el dorso en el cuello. Es mi golpe favorito para cierta clase de gente. Empezó a derrumbarse y yo lo ayudé un poco conectándole un zurdazo en el mentón.

Cayó sobre el piso y como estaba muy limpio resbaló, yendo a golpear la cabeza contra la pared del fondo. Allí quedó sin sentido.

Llené los pulmones de aire y contemplé los restos de la botella de *whisky*. Por fortuna, tenía otra de repuesto en el depósito inferior. Tuve que abrirla y luego me serví en un vaso una buena ración.

Después de beber un trago encendí un cigarrillo. El tipo no volvía en sí. Cogí su pistola, que había caído muy cerca de él, para quitarle una mala intención, y la guardé en el bolsillo.

Luego llené un vaso de agua y refresqué la cara de aquel asesino de pacotilla.

Soltó un bufido, abrió los ojos parpadeando y por fin estuvo en condiciones de hablar.

—Hola —dije.

—Le cortaré el cuello —repuso.

Me agaché sobre él y le pegué en la boca para recordarle que yo era el amo.

Trató de agarrarse a mi brazo y le sacudí Otra vez. Entonces desistió porque pensó con muy bien criterio que de seguir así iba a perder todos los dientes.

—¿Quién te envió aquí?

—No lo sabrá por mí.

—Tenemos tiempo, sabes. La noche es larga.

—Lléveme a la policía.

—Es lo que tú quisieras, pero no te va a salir bien.

—No tiene derecho a mantenerme en su casa, sería un secuestro. Tuve que contener una carcajada.

Aquel tipo era un honrado ciudadano que se ocupaba del respeto a la ley. Estaba muy bien enterado. Mantener a una persona contra su voluntad en una habitación es secuestro. Pero a mí me importaba un comino lo que pudiese pensar de aquello.

—¿Quién? —pregunté otra vez.

Se limpió la cara con la manga.

—Mire lo que ha hecho —murmuró—. Ha arruinado mi mejor traje.

Era un traje de muy mal gusto, oscuro, a rayas blancas verticales muy gruesas.

—Estoy hablando en serio, rata —le dije—. Te daré un par de segundos y luego... —dejé mi amenaza suspendida en el aire.

—Está bien —murmuró—. No va a adelantar nada con que lo sepa.

—Su nombre.

—Dick Diamond.

Suponía que el envío me lo hacía el socio de Sid Gray, pero yo quería oírlo de labios del matón.

—De modo que fue Diamond. ¿Cuánto te pagó?

—Doscientos.

—Escúpelos.

—¿El qué?

—Que sueltes los doscientos.

—¡Usted no puede hacer eso!

—¿Quién dice que no?

Le fui a pegar, pero él se echó hacia atrás apretándose contra la pared.

—Está bien, se los daré.

Saqué su propio revólver.

—Supongo que no tendrás otra arma, ¿eh?

—No, sólo tenía ésa.

Le apunté a la cara.

Exhibió la cartera y de ella extrajo un fajo de billetes, que me alargó y que yo cogí con la mano libre. Me separé unos pasos de él y rápidamente conté doscientos dólares que me metí en el bolsillo.

—¿Por qué me roba? —preguntó.

—Esto no es un robo, muchacho. No has cumplido con lo tuyo y te he de imponer algún castigo.

—¿Qué va a hacer conmigo?

Le sonreí.

—Sólo esto: despojarte de los doscientos dólares. Ahora te vas a largar. Sé cómo es Diamond y no te atreverás a presentarte ante él para decirle que has fallado.

—No, no podré hacerlo. Me tendré que ir de la ciudad, pero sólo me quedan ahora treinta dólares. No puedo ir muy lejos.

—Arréglatelas como puedas.

—Dame la pistola al menos.

—¿Para qué, chico? ¿Para atracar a alguien y aumentar tus fondos?

—No, es el instinto de conservación. Diamond lanzará sobre mí unos cuantos hombres.

—Pues echa a correr cuanto antes.

Miró nervioso su reloj.

—Dentro de una hora tenía que ir a darle cuenta de lo que había hecho contigo.

—Sesenta minutos son muy buenos para que pongas entre tú y Diamond una buena distancia. Anda, ¿qué estás esperando?

Hizo una mueca y se dispuso a decir algo, pero se arrepintió.

Lo acompañé al *living* y de allí fuimos a la puerta. Le abrí yo mismo.

—Acuérdate, mételo en la cabeza. Echa a correr y no vuelvas aquí. La próxima vez no tendrás tanta suerte.

Salió fuera y yo di un portazo, cerrando con llave. Tenía la seguridad de que no volvería. Estaría demasiado ocupado en largarse de Nueva York a la mayor velocidad posible. Ahora era su vida la que estaba en juego y Diamond no había consentido nunca un fracaso en sus hombres, especialmente si el trabajo consistía en eliminar a un tipo.

Me acosté y no tardé en conciliar el sueño.

A las siete de la mañana estaba despierto. Preparé mi desayuno y mientras hacía el café tomé un baño. Sentía apetito y acabé con todas mis provisiones. Luego me afeité, me puse un traje oscuro y me dispuse para la batalla.

A las ocho de la mañana entraba en el edificio donde se ubicaba el apartamento de Mary Hall. El encargado leía el periódico en el vestíbulo. Tendría unos cincuenta años y era un hombre coloradote, de nariz bulbosa y mentón hendido.

—Buenos días —dije—. ¿Me puede decir en qué apartamento vive John Regan?

Apartó la mirada del diario para observarme con los ojos, fruncidos.

—¿John Regan...? No hay ningún John Regan aquí.

Saqué un papel del bolsillo de la chaqueta y simulé que lo consultaba.

—Bueno, es posible que no sea ése su nombre. No me lo dieron concretamente, aunque yo tenía idea de que era ése. Se trata de un hombre de cabello rubio, de unos treinta y cinco años. Verá, mi socio es quien habló con él —hice una pausa.

—Si no me da más detalles...

Me pellizqué la barbilla.

—Ahora recuerdo que mi socio me habló de que vestía un traje gris marengo, zapatos negros, camisa blanca; es corpulento, buena musculatura...

—Y rubio.

—Sí, rubio.

—No, no hay ninguno.

—¿Quizá alguno que se le parezca?

—Hay un rubio en la cuarta planta, pero tiene unos cuarenta y cinco años.

—Bueno, apuesto a que es él. El fuerte de mi socio no es adivinar la edad de las personas. Imagínese, la primera vez que me vio a mí me concedió treinta años y de eso hace siete.

—Está bien, creo que no es el hombre que usted busca, pero de todas formas puede comprobarlo por sí mismo. Su nombre es Vahan Taber. Cuarta planta, puerta veintisiete.

Saqué dos dólares del bolsillo y se los alargué.

Clavó su zarpa en ellos y los hizo desaparecer en un suspiro.

Yo fui al ascensor y subí arriba.

Apreté el pulsador de la puerta veintisiete.

Me abrió un tipo en mangas de camisa. Era rubio y podía tener cuarenta y cinco años, como había dicho el encargado; pero no era

corpulento, sino delgado, de estatura regular. Observé su cara para descubrir alguna huella de una lucha reciente, o el color moreno del que ha permanecido una temporada en la playa, pero su cutis era blanco, sin ninguna mancha. No quise perder mi tiempo y decidí terminar cuanto antes.

—Buenos días, caballero. Represento a La Glotona, fábrica de quesos familiares de veinte kilos. Tienen el tamaño del neumático de un coche. Nuestro eslogan es «Tenga queso para todo el año». Estoy seguro de que usted...

—Lo siento —dijo—. No me gusta el queso.

Me encogí, de hombros, y me disponía a disculparme, cuando oí un taconeo a mi espalda y una voz femenina dijo:

—Perdone, señor Taber, ¿sería tan amable de prestarme un poco de sal?

Me volví y contemplé a una mujer estupenda. Era morena, esbelta, y debía contar veintidós o veintitrés años. Se cubría con un batín de color rosa y escote muy grande. Poseía un cuerpo sinuoso, y las ondulaciones siempre han sido algo que han llamado mi atención.

Me incliné observándola con una sonrisa, y ella hizo otra inclinación con la cabeza.

El señor Taber carraspeó:

—Sí, señorita Ross. Ahora mismo.

Se marchó al interior del apartamento dejándonos solos en el corredor.

Así pues, aquella joven era Carol Ross, la chica que había dado la voz de alarma después de descubrir el cadáver, de Mary Hall.

—Nos hace un buen tiempo —dije por decir algo.

—Sí, yo diría que maravilloso —asintió.

—La primavera se ha adelantado.

—Dicen que son las bombas atómicas.

El señor Taber vino a interrumpir tan sabrosa conversación. Alargó un salero, que la joven tomó.

—Muchas gracias, señor Taber. Se la devolveré en seguida.

Nos dedicamos recíprocamente una sonrisa y ella se alejó.

Observé el balanceo de sus caderas y tuve la impresión de que el señor Taber, el hombre al que no le gustaba el queso, no se abstenía de ciertas cosas.

Carol Ross desapareció por la última puerta al fondo del corredor. Entonces saludé al señor Taber quitándome el sombrero.

—Perdone, caballero; si usted me permite, daré orden a nuestra fábrica para que le envíen un quesito de cinco gramos para que se vaya acostumbrando.

—No es necesario. Le repito que jamás me ha gustado el queso —casi chilló y cerró dando un portazo.

Era lo que yo quería, que no se quedase allí espiándome.

Me dirigí resueltamente a la puerta de la estupenda señorita Ross.

Oprimí el pulsador. La puerta tardó solamente dos segundos en abrirse y apareció en el hueco Carol Ross.

—A mí sí me gustan los quesos —dijo ladeando la cabeza mientras me observaba.

—¿Sí? —dije un poco sorprendido.

—Pero no le voy a encargar ninguno.

—¿Por qué?

—Porque usted no es representante de ninguna fábrica de quesos.

—¿Y qué es lo que soy?

—Un detective.

—Caramba, señorita Ross, me asombra usted. Palabra que me asombra.

—Y ahora, si me lo permite, continuaré mi desayuno.

—¿Ha dicho desayuno...? Cielos, es cierto —aspiré profundamente—. Desde aquí puedo oler su estupendo café. ¿No podría usted...?

—Sólo hay para dos tazas.

—Quizá esté usted dispuesta a sacrificarse un poco. Soy una primera autoridad en café, ¿sabe? Si yo le digo que el suyo es bueno, ya puede convencerse de que lo es.

Me midió de pies a cabeza.

—Es usted bastante fresco, aunque por lo que he visto en el cine, todos los detectives lo son.

—¿No se ha dado cuenta también de una cosa?

—¿De qué?

—Se enamoran de las chicas monas.

Me miró con sus grandes ojos. Eran bellísimos y estaban

provistos de sedosas pestañas.

Hizo un mohín y se echó a un lado.

—Pase, detective dijo.

CAPÍTULO VI

Entré en su apartamento y fuimos a parar a un *living*. Sobre la mesa ratona había un diario, el *Star*, abierto por la primera página. En ella, con grandes titulares, se anunciaba el asesinato de Mary Hall y la captura del asesino, su marido.

—Lea mientras termino de preparar el desayuno.

Se marchó a la cocina y yo me senté en un sillón. Alcancé el periódico y me puse a leer. Invertí en ello quince minutos, pero con ello no gané nada. Se contaba la historia tal como había quedado cocida con las supuestas pruebas de culpabilidad contra Bruno Harrison. Sólo que había un detalle: no se mezclaba mi nombre en el asunto. Yo no aparecía por ninguna parte.

Carol Ross llegó con una bandeja provista de mantequilla, tostadas, jugo de tomate y café.

Todo tenía tan buen aspecto que a pesar de que había desayunado, me prometí que lo haría de nuevo.

Limpiamos la bandeja en quince minutos y luego encendimos cigarrillos.

—Esto sí que es gracioso —dijo ella después de echar dos chorritos de humo por la nariz.

Estaba sentada frente a mí en otro sillón.

—¿Dónde está lo gracioso? —pregunté.

—Si mis padres se enterasen de que he desayunado en mi propia casa con un desconocido, empezarían a creer que me he contagiado de las malas costumbres de Nueva York.

—¿De dónde es?

—De Patmoos, Illinois, un pueblo de quinientos habitantes donde no hay detectives.

—No saben lo que se pierden.

—¿Cuál es su nombre?

—Steve Fox —esperé unos segundos—. ¿Va a decir que nunca

ha oído hablar de mí?

—¿Es obligatorio?

—Oiga, usted pega cuando habla.

—Es de familia. A mi abuelo Jonás le llaman el Gruñón y mi padre ha conservado los blasones. Yo no podía ser menos.

Me eché a reír.

—¿Hablamos de cosas serias?

—¿Cree que hay algo serio en la vida?

—Usted era amiga de Mary Hall, y no parece muy afectada.

—Simpatizaba con ella, sólo eso, y ciertamente me gustaría que al culpable le impusiesen el castigo que merece.

—¿Conocía a Bruno, su ex marido?

—No.

—Bueno, pero apuesto a que habrá hablado alguna vez con el otro.

—¿Quién era el otro?

—Un hombre de cabello rubio, cutis moreno, unos treinta y cinco años de edad...

—No siga. Nunca vi a ningún hombre en el apartamento de Mary.

—¿Entró muchas veces?

—Cinco o seis.

—¿Por qué fue precisamente ayer a verla?

—La editorial para la que trabajo está en el camino de su club. Como yo sabía la hora en que se marchaba Mary, pensé que sería una buena oportunidad para que ella me llevase en su coche.

—¿Cómo hizo amistad con Mary Hall?

—¿Cómo hacen amistad dos mujeres? Coincidimos en el ascensor unas cuantas veces y en una de ellas le dije que el sombrero que llevaba era muy bonito. Entre nosotras eso equivale a una presentación y, después de eso, vino lo demás.

—¿Se sinceró con usted explicándole sus problemas?

—No.

—¿Hablaban siempre de sombreros?

—Usted es muy suspicaz, señor Fox. Al parecer le soy sospechosa.

—Todos lo son para un detective cuando está investigando un asesinato.

Señaló el diario.

—Según he leído, sólo lo pudo hacer Bruno. Harrison y creo que existen bastantes pruebas.

—No para mí —repuse.

—Ya comprendo, a usted le paga él.

—Sí, me paga él, pero si las pruebas me hubiesen convencido a mí, a estas horas Bruno Harrison no sería mi cliente.

Me miró muy fijamente.

—Me emociona usted, señor Fox, y si yo fuese la asesina haría bien en tomarlo en consideración.

—Pero no lo es.

—Gracias, señor Fox.

—¿Tiene alguna cosa más que decirme?

—Me temo que no le pueda ayudar en nada.

Me puse en pie.

—Su café es bueno, Carol, del mejor que he tomado.

—Es un halago viniendo de una primera autoridad en café.

Me acompañó hasta la puerta. Con la mano en el tirador me volví observándola. El teniente Yates había dicho que era bonita, pero se había quedado corto. Era maravillosa y quizá no la iba a ver más.

Di un paso hacia ella, la rodeé por la cintura y la atraje hacia mí, besándola en la boca. Se dejó hacer y cuando me aparté de ella estaba sorprendida, estupefacta.

—Adiós, Carol —le dije.

Salí fuera y cerré sin que ella hubiese podido recuperar el habla.

Como cosa de media hora más tarde aparcaba cerca del edificio donde se ubicaba el apartamento de Patricia Walker.

No había ningún encargado a la vista cuando crucé hacia el ascensor. No conocía la planta y apreté un botón aproximado. Luego tuve que bajar las escaleras.

Tras la puerta que se abrió a mi llamada, apareció una enfermera de unos cuarenta años, de pecho abultado y piernas gruesas. Tenía la cara de un perro pachón.

—¿Señorita Walker?

—Sí, aquí es, pero no se la puede molestar.

Allí no cabían trucos y saqué mi tarjeta.

—¿Quiere hacer el favor de anunciarme? Es muy urgente.

—Le repito que la señorita Walker no puede recibir visitas.

Abrió la boca como si fuese a pegar una dentellada.

Fue a cerrar, pero puse el pie en la puerta.

—¿Es que quiere entorpecer la labor de la justicia? —le dije.

Cerró la boca y titubeó unos momentos. Yo machaqué.

—Tengo prisa, ¿sabe?

Abrió la puerta y yo entré. Era un vestíbulo oscuro. Olía a humedad y a naftalina.

La enfermera tomó la tarjeta en la mano y desapareció tras un cortinaje.

Oí un cuchicheo tras la puerta de dentro. Poco después se oyeron unos pasos y reapareció la enfermera.

—La señorita Walker lo recibirá, pero le ruega que sea breve.

—Lo seré —prometí.

Me apartó las cortinas y yo pasé a la otra habitación.

Recordé el informe del agente Callaghan. En aquella habitación había mucha más oscuridad que en el vestíbulo. Apenas se podía ver nada.

Vi la silueta de un cuerpo junto a una ventana. Allí estaba la señorita Walker sentada en un sillón de inválido.

—Siéntese, señor Fox —dijo.

Era una voz fría, agria, ordenancista.

El sillón más cercano a ella estaba muy lejos, a unas tres yardas de distancia. Tuve que conformarme con él. Desde aquel lugar observé otra vez a la señorita Walker. Su cara era una mancha de tinta, igual que el resto de su cuerpo. Adiviné que se cubría las piernas con una manta hasta el regazo.

—Usted dirá, señor Fox.

Me aclaré la garganta.

—Represento a Bruno Harrison, el marido de Mary Hall.

—¿Y qué quiere el asesino, de mí? —dijo con voz que sonó como un latigazo.

—Bruno Harrison no es el asesino, señorita Walker.

—Escuché anoche las últimas noticias de la radio. Dieron un informe bastante completo acerca de ese crimen, y yo coincidí con la policía en opinar que el crimen sólo lo pudo cometer Bruno Harrison.

—¿Vio usted alguna vez a Mary Hall, señorita Walker?

—Sí, me visitó en el hospital, pero le rogué que no fuese a verme más.

—Comprendo.

—Era bonita Mary Hall, una de esas mujeres que pueden tener el mundo a sus pies. Juventud, belleza, es la clave del éxito. Desgraciadamente, no todas las que reúnen esas condiciones saben servirse de ellas.

—¿A qué dase pertenecía Mary Hall?

—¿Necesita que se lo diga? —Su voz adquirió tonalidades más agresivas—. Ahí la tenía de vocalista en una orquesta en un club nocturno. ¿De qué le servía su belleza? Aunque realmente era lo único que ella merecía.

—Es usted muy severa, señorita Walker.

—¿Muy severa? —soltó una risa que sonó a puro histerismo—. Mary Hall ha muerto, pero hay cosas mucho peores que la muerte para una mujer.

Observé su sillón de ruedas.

—Quizá Mary Hall hubiese querido correr su suerte, señorita Walker.

—¿Ella...? Es posible, porque se hubiese conformado. Ella era un espíritu vulgar.

El odio empujaba las palabras por su boca a borbotones. Impulsó el cuerpo hacia delante y, por un momento, un rayo de luz bailó en su frente; pero luego, repentinamente, se echó otra vez hacia atrás sumergiéndose en la oscuridad y no pude ver su cara.

—Mary Hall destruyó mi vida.

—No era ella quien conducía.

—¿Y qué más da eso? Fue ella en realidad la causante.

—¿Por qué no él?

—Los dos habían bebido, pero Frank Higtower no lo hubiese hecho de no haberse encontrado en compañía de ella. Frank Higtower se divertía con Mary Hall y por eso bebieron. Frank hubiese podido evitar el accidente.

—¿Cómo?

—Si Mary Hall no le hubiese acompañado en el coche. Pero la llevaba al lado y cuando Frank lanzó el coche hacia mí, él la estaba besando.

—Todo eso son suposiciones tuyas, señorita Walker.

—No hay tales suposiciones —jadeó como si estuviese haciendo una larga carrera—. Mary Hall era una mujer que lo hubiese consentido y eso es lo importante para deducir cualquier clase de conclusión. Y ahora los dos han recibido su castigo, ¿lo entiende bien, señor Fox? Los dos. El murió muy pronto, y a ella le ha llegado también su turno. Tenía que llegarle. Usted no sabe lo que he esperado.

—La odiaba usted mucho, señorita Walker.

—Sí, la odiaba con todas mis fuerzas porque ella arruinó mi existencia, ¿lo va entendiendo? Me lo arruinó todo... mi cuerpo y mi alma.

Y el agente Callaghan había dicho que la señorita Walker sentía la muerte de Mary Hall.

—Abra ese cajón, señor Fox.

Di un respingo. Mis ojos se habían acostumbrado ya a aquella oscuridad y vi, a mi izquierda, junto a la pared, una mesa.

—¿Cuál? —pregunté.

—El primero de arriba.

Abrí. Dentro había un gran libro.

—Saque eso —me dijo.

Lo saqué y volví al sillón, poniéndomelo sobre las rodillas.

—Ábralo y contemple esas fotografías.

Lo abrí, pero vi muy poco.

Saqué un fósforo y lo encendí.

—¿Qué hace, señor Fox? —gritó.

Me sobresalté y levanté, la mirada al tiempo de verla volver la cabeza rápidamente. Era tal como yo había supuesto. La manta le cubría hasta el regazo.

—Perdone, no podía ver este libro.

—Termine pronto —dijo.

—Sí, en seguida.

Volví la mirada al libro. La primera fotografía era la portada de una revista para la mujer. Pertenecía a una fecha de tres años atrás. En ella aparecía una de esas modelos que exhiben un bonito vestido. Era una mujer de pelo negro, frente ovalada, ojos muy grandes y rostro en general sensitivo. Los labios, hechos un mohín para dar un beso, parecían sobresalir de la fotografía. Era realmente preciosa. Sus piernas eran perfectamente torneadas.

Pasé la hoja. La siguiente era otra portada de la revista *Bazar*. En ella aparecía la misma mujer que en la anterior exhibiendo otro vestido. Ahora la pose también era distinta y en ésta hacía resaltar los senos altos, la cintura estrecha, de avispa, y sus anchas caderas. En la tercera vi el nombre abajo a la derecha: Patricia Walker.

Sentí un escalofrío en la espalda.

Aquella bellísima mujer de las fotografías era la misma que yo tenía delante, postrada en el sillón de ruedas.

La observé. Seguía en la misma actitud escondiéndome la cara. Me levanté sigilosamente y puse el libro en el sillón.

Sabía que era cruel lo que iba a hacer, pero no tenía más remedio que hacerlo. La vida es así.

Caminé con pasos suaves por la habitación a lo que me ayudaron mis zapatos de suela de crepé.

Di vuelta al conmutador de la luz y se encendió una lámpara central.

Instantáneamente, un alarido rasgó el aire. Patricia Walker saltó de la silla de ruedas y quedó en pie. Me miró, al pronto, y yo vi unos rasgos horriblemente desfigurados. Sus ojos estaban abiertos, espantados, mirándome muy fijos.

—¿Por qué lo ha hecho? —gritó—. ¿Por qué ha hecho eso?

Yo me mantuve firme, sin poder moverme, como si estuviese pasando por mi cuerpo una corriente de alto voltaje.

Eché a andar hacia mí.

No estaba inválida y era lo único que había querido saber.

De pronto se detuvo y se cubrió la cara con las manos.

La enfermera entró corriendo.

—¿Qué pasa, señorita Walker? —Me miró con su cara de perro de presa—. ¡Usted! ¡Ha sido usted!

—Cállese —le dije.

La señorita Walker dejó de andar. Lo había hecho con naturalidad, sin forzar ninguna pierna. Mostró otra vez su cara al descubierto.

—¿Lo está viendo? Ande, míreme, señor Fox. Míreme.

Se acercó a la silla y cogió el libro en donde había coleccionado sus portadas. Lo abrió al azar y puso la fotografía en alto, junto a su cara. Eran del mismo tamaño. En la portada aparecía una cara jovial, bella, y el otro rostro era una máscara horrible.

Tiró el libro con fuerza al suelo.

—¡Eso es lo que hizo Mary Hall! —chilló, enseñando los dientes—. ¡Lo hizo ella! ¿Lo entiende? Sí, señor Fox, yo muchas veces he pensado en matarla.

—No necesitaba hacerlo. Pudo pagar a alguien para que lo hiciese.

Sus labios temblaban.

—Sí, pude hacer eso, pero no lo hice. Tenía motivos para ello, ¿no cree, señor Fox? Yo vivía en un mundo de lujo, era halagada por todos. Me hubiese podido casar con quien hubiese querido. Me esperaba un gran porvenir. Iba a disfrutar de la vida. Lo había deseado siempre y lo tenía al alcance de mi mano, pero Mary Hall se interpuso en mi camino, y mire lo que hizo de mí. Los médicos intentaron corregir esta deformidad, pero no lo consiguieron, era un caso perdido. Probaron media docena de veces, pero no hubo forma de lograrlo. Yo no podía salir al mundo con esta cara. Patricia Walker había sido famosa por su hermosura, por su belleza. No podía enseñar su nueva cara al mundo, y entonces inventé lo de la silla de ruedas. Lo proferí mil veces y me vine aquí y no quise verme ni yo misma. ¡Ande, busque un espejo! En esta casa no hay ninguno, señor Fox. ¿Para qué? Y preferí las tinieblas, la oscuridad más absoluta, y di orden de que nadie me visitase y todos, poco a poco, me fueron olvidando. Pregunte por Patricia Walker. Nadie sabe siquiera dónde se encuentra. Es posible que me hayan dado hasta por muerta, y ahora Mary Hall me ha desenterrado. He salido por un instante porque otra vez volveré a mi tumba, pero ya no estoy sola. ¡Ahora ella me acompaña! ¿Lo va entendiendo, señor Fox?

—Sí, lo voy entendiendo.

Levanté la mano y apagué la luz. Observé la figura de Patricia Walker sumida en la oscuridad. Sus ojos brillaban como ascuas encendidas. Era una figura fantasmagórica.

Di media vuelta y abandoné aquella tumba.

CAPÍTULO VII

Salí a la calle y me metí en el coche.

Saqué un cigarrillo del paquete y lo encendí. En ese momento se abrió la portezuela de la izquierda. Soy rápido de reflejos y me llevé la mano a la funda, pero en ese momento un objeto duro me apretó en el costado.

Vi por el hueco la cara del hombre. Sonreía enseñando unos dientes cortantes como los de un lobo. Era chato, muy moreno. Aposté a que era italiano.

La portezuela posterior se abrió, y una voz dijo:

—¿Lo tienes ya, Lucca?

Lucca siguió sonriendo sin decir nada y entró poniéndose junto al volante. Me pegó otro empujón hacia el otro lado. Entonces unas manos pasaron por encima de mis hombros y me registraron despojándome del arma de mi sobaquera.

Miré por el espejo retrovisor y vi la cara del otro tipo. También era muy moreno y sobre su labio superior flotaba un proyecto de bigote. También sonreía. Eran unos muchachos muy alegres.

—¿Listo, Tommy? —preguntó Lucca.

—Creo que será mejor que él venga conmigo.

—Muy bien —dije.

Y eché mano a la portezuela para abrirla, pero Lucca me siguió con el revólver.

—Quieto, muchacho.

Me estuve quieto.

—Su amigo quiere que le cuente chistes durante el viaje —dije, mirándolo.

—Sí, pero vas a saltar por encima sin salir a la calle.

Y ten cuidado con lo que haces o te hacemos un agujero aquí mismo.

Apoyé los codos en el respaldo y me erguí. Pasé una pierna y

luego otra.

Tommy me recibió alegremente.

—¿Lo has visto, Lucca? Es un chico muy ágil.

Inspiré profundamente. Aquel condenado de Dick Diamond se había tomado muy en serio lo de que me encontrasen en el Hudson con seis agujeros en el cuerpo. Era terco como una mula y yo ahora tuve la impresión de que se iba a salir con la suya.

El coche arrancó.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Siempre he oído decir que los viajes ilustran —contestó Tommy.

—Está bien —asentí—. Pero paren en cualquier parte para escribir una postal a mi familia.

—Ya empieza con los chistes —dijo Tommy.

Lucca soltó una risita y nos observó por el espejo retrovisor.

—Da gusto alternar con un Chico tan optimista.

Nos dirigimos al muelle. Había mucha niebla.

Lucca se vio obligado a disminuir la velocidad.

Sometí mi cerebro a una presión fuera de lo común. Tenía que encontrar una solución para escapar de aquella ratonera. Pero ¿cómo?

El coche empezó a dar vueltas hasta que perdí la orientación. Sólo sabía que estábamos cerca del Hudson, el lugar favorito de Diamond.

La calle estaba llena de barro y vi unos cuantos barracones de madera.

De pronto, Lucca pisó el pedal del freno y el coche se detuvo.

—Ya hemos llegado —dijo Lucca.

—Creí que al menos me enseñarían las cataratas del Niágara. Nunca las vi.

—¡Qué pena! —dijo Tommy, haciéndome señal para que descendiese.

Eran un par de tipos que hacían las cosas bien. Lucca ya había salido fuera. Cuando yo metí los pies en un charco de agua y lodo, su pistola me apuntó al vientre.

Tommy llegó por la parte de atrás con su arma en la zurda.

—Ven aquí, mochuelo —dijo.

El mochuelo fue hacia allá.

Eché una mirada a mi alrededor sin ver a nadie. Parecía un lugar deshabitado. Entre unos y otros barracones, había una buena distancia.

Sentí el golpear del agua contra unos troncos y llegué a la conclusión de que el muelle estaba detrás.

Subimos una pequeña escalera de madera cuyos tablones chirriaron porque estaban medio podridos.

Tommy sacó un llavero, y después de elegir una llave, la aplicó a la cerradura de una puerta.

Para quitarme toda oportunidad, el propio Tommy me precedió. Si me hubiesen dado prioridad, yo podía haberme metido dentro y cerrado la puerta. Claro que ellos hubiesen disparado, pero era una probabilidad entre mil y ahora no tenía ninguna.

La nave se hallaba medio vacía. A la derecha había un montón de cajones. El techo estaba lleno de telarañas y había un gran ventanal por el que se filtraba una luz mortecina.

Al fondo vi otra puerta que debía conducir al embarcadero.

De pronto, me di cuenta de que yo había quedado entre los dos hombres. Uno lo tenía delante y el otro detrás. Me miraban muy fijamente. Ya no sonreían. Sus pistolas me apuntaban al cuerpo. No podía saltar sobre uno sin evitar que las balas del otro me hiciesen un buen cosido.

—Supongo que no me matarán así como así —dije por decir algo.

—¿Sí? ¿Qué quieres? —preguntó Tommy.

—Tengo hambre.

—¿Lo has oído, Lucca? Tiene hambre.

—Bueno —dije—. Todos los condenados a muerte tienen derecho a llenarse bien la panza antes de dar el último paseo. Apuesto a que vosotros lo sabéis bien.

—Lo sabemos —repuso Lucca—. Pero aquí no hay de nada. Sólo plomo.

—Eso se puede arreglar. Uno de vosotros puede ir a traerme unos bocadillos y unas botellas de cerveza.

—¿Y por qué no también una chica? —dijo Tommy—. Así tendrías la fiesta completa.

—Que sea morena —dije—. Más bien delgada, es como me gustan.

—¡Qué gracioso! —dijo Tommy, y se vino hacia mí.

Le vi la intención de pegarme y me volví hacia él.

Alzó la mano que empuñaba la pistola y la bajó. Yo lo atrapé por la muñeca, pero en ese momento Lucca entró en acción y me cascó con la culata en la cabeza.

El dolor me hizo rechinar los dientes. Pero no solté la muñeca de Tommy, la cual retorcí furiosamente.

Lanzó un aullido y me gustó más que un gorgorito de María Callas.

Sentí que se doblaba en dos.

Lucca repetiría el golpe de un momento a otro y me volví justo para recibirlo junto a una oreja. Creí que me la seccionaba porque por un instante no sentí nada, pero luego fue como si me hubiesen aplicado la llama de un soplete.

Cogí un puñado de carne del estómago de Lucca y me lo quise llevar a casa, pero él era el dueño y no quiso dármelo.

Volvió a golpearme con la pistola, esta vez no sé dónde.

Apreté los puños y lancé la izquierda contra la cara de Lucca. Sus cartílagos crujieron.

Me gustó y probé con la derecha, obteniendo un nuevo éxito.

La nave se había llenado de chillidos. Cualquiera que hubiese pasado por allí en aquel momento, habría jurado que se encontraba ante una celda de locos.

Lucca se empezó a meter con mi familia en italiano y yo le contesté en mi idioma hasta llegar a la cuarta generación. No pude pasar de ahí y fue porque en ese instante Tommy empezó a convertirme en pulpa. Me había cogido por detrás cuando yo estaba dando cuenta de Lucca. Me pregunté con qué clase de instrumento me estaría pegando, aunque aposté por el tubo de plomo. Era un verdadero artista.

Traté de volverme para quitarme de encima aquello, pero entonces se pusieron de acuerdo y me dieron el cachiporrazo de gracia. Dos golpes en la cabeza al mismo tiempo, que sumados a unos cuantos que ya había recibido, fueron demasiados golpes. El mundo estalló y apareció la nada. Puedo asegurarles que es una cosa oscura como una mancha de tinta en la que no brillan las estrellas. Eso es un cuento. Es el vacío absoluto.

Y allí me quedé navegando a través del tiempo y del espacio.

Pero no morí.

Cuando desperté me encontré convertido en una piltrafa. Apenas podía moverme. Me habían atado las manos atrás con un alambre.

Intenté forcejear y desistí porque el acero se me incrustaba en las muñecas, lacerándolas.

Probé a mover las piernas, pero Tommy y Lucca estaban en todo. Me habían rodeado los tobillos con otro alambre.

Les observé. Estaban *de pie*. Lucca se apretaba un pañuelo en la nariz y tenía un ojo completamente cerrado. Tommy mostraba el labio inferior partido y tenía hinchado enormemente el lado derecho de la cara. Ambos tenían las ropas destrozadas. ¡Infiernos! Yo había luchado como una fiera. Si ése era el estado de ellos, ¿cuál sería el mío?

Tommy me pegó una patada en la cadera.

—¡Maldito seas, box! Tenía que salir esta tarde con una chica.

—Apuesto a que ahora le gustas más.

Me pegó otra patada para darme las gracias.

—¿No va a venir Diamond? —pregunté por cambiar de tema—. Quisiera despedirme de él.

—Tú estás chiflado —dijo Lucca—. Palabra que lo estás.

—Está como una regadera —convino Tommy.

—Me zumbaron demasiado fuerte en la cabeza —alegué—. Yo os diré lo que vais a hacer, ir a una casa de salud. Yo soy Napoleón.

—Se te van a acabar los chistes... Lucca, llévate.

Lucca vino hacia mí y me pasó las manos por los sobacos. Empezó a arrastrarme.

Mi pantalón se enganchó en una saliente del suelo y se desgarró.

—¡Eh, muchacho! —grité—. Ya no podré ir a ningún sitio.

Lucca siguió arrastrándome sin ninguna contemplación.

Tommy abrió la puerta del fondo. Recorrimos un corto trayecto y luego, entre los dos compinches me tiraron como un saco.

Surqué el aire y di un grito al golpearme contra el fondo de la barca.

Volví a perder el sentido. Cuando me recuperé, me di cuenta que nos balanceábamos dulcemente en el agua.

No sé por qué, me acordé de Venecia, tonto. Había bastante diferencia entre esto y Venecia. Lo de Venecia había ocurrido dos años antes y entonces tenía a mi lado a una muchachita dispuesta a

conocer las bellezas de Europa, pero ahora tenía al lado a dos energúmenos.

Los busqué con la mirada. Estaban sentados en el centro de la embarcación, remando. Lo hacían con ritmo, como dos universitarios de Oxford dispuestos a ganar la regata anual.

De pronto, Tommy se detuvo.

—Éste es un buen sitio —dijo.

Lucca miró a su alrededor y sacudió la cabeza.

—Sí, creo que es un buen sitio.

Se limpiaron las manos con borra que cogieron del fondo de la barca y me miraron.

—Bien, chico —dijo Lucca—. Llegó el momento.

Se agachó y vi que levantaba una bola de hierro con una argolla y atada a ésta una cuerda.

—¿Te gusta la corbata? —preguntó.

—Poco.

Me pusieron la argolla al cuello.

—Cógelo y acércalo a la borda.

Encogí las piernas y las disparé contra el plexo solar de Lucca.

Su amigo, me golpeó en la cabeza. Forcejeé pero no conseguí nada.

Se echaron a reír.

—Basta de palabrería —dijo Tommy—. Fuera con él.

Me dejaron caer y mi cuerpo chocó contra el agua, traté de sostenerme, pero de pronto la bola de hierro dio un tirón y me fui detrás, hacia el fondo.

Me puse tieso. Dos metros más abajo, había una fuerte corriente.

La bola no tenía mucho peso, después de todo, y no me impulsaba bruscamente.

Mi reserva de oxígeno comenzaron a agotarse, a pesar de que yo trataba de retenerlas desesperadamente. Éste es tu final, Steve Fox. R. I. P.

La bola llegó al fondo, pero yo me fui hacia abajo hasta que la cuerda dio otro tirón de mi cuello.

Sentí un chasquido y pensé que era una de mis vértebras la que se había roto. Había ocurrido el milagro. La cuerda estaba podrida y casi había llegado a romperse. Casi. Todavía no estaba rota y yo ya no tenía oxígeno.

Me impulsé hacia arriba, hacia la bola. Encogí las piernas y di un tirón. La bola había quedado enganchada entre dos piedras. La cuerda se rompió.

Volví a quedar tieso y empecé a ascender, pero, santo cielo, recordé mi viaje de ida. Ahora el de regreso iba muy lento. Antes de que llegase arriba, yo estaría perdido.

Los oídos empezaron a zumbarme.

No pude contenerme más y traté de respirar. Fui un estúpido. Mi pecho se llenó de agua.

Sentí unas terribles náuseas y empecé a marearme.

¡Arriba, Steve! Sí, pero ¿cómo?, ¿con qué?, ¿quién tiene un motor a reacción? Se lo compro por cien mil dólares. ¡Por trescientos mil! ¡Esperen, señores! ¡Doy un millón!

No hay respuesta. Nadie me responde.

Está bien. Pero acuérdense de lo que les digo. Soy Steve Fox, uno ochenta y cinco de estatura y veintiocho años de edad, setenta y cinco kilos de peso, moreno, de constitución robusta, frente ancha y nariz recta. Mis pómulos están un poco hundidos y mi boca sobresale un poco. No soy un Adonis, pero eso no importa para mi profesión, detective privado, y soy honesto, amigos; un tipo que sabe jugársela cuando es necesario, que aborrece a los ladrones, a los asesinos, a los explotadores, cualquiera que sea su especie, y que he luchado contra ellos en todos los terrenos. ¿Es que me van a dejar ustedes morir? Vamos, sométanlo a votación.

¡Me estoy ahogando! ¿Qué esperan?

Me estoy ahogando irremisiblemente.

Me estoy aho...

CAPÍTULO VIII

—Se ha librado de buena.

—¡Infiernos, Barton! No me hubiese gustado estar en su pellejo.

—Le debieron pegar una buena paliza.

—Está para que lo pongan en algodón. Seguro que no se puede mover en un mes.

—Bien, lo importante es que está vivo.

Yo era el que estaba, vivo, Steve Fox. Había oído la última parte de la conversación y ahora abrí los ojos. La luz me hirió y me obligó a cerrarlos.

Alguien se agachó sobre mí porque oí su voz más cerca.

—¿Qué? ¿Cómo se encuentra, amigo?

Contesté sin abrir los párpados:

—¿Dónde estoy?

—A salvo, muchacho, y eso es lo importante —fue la respuesta —. Lo hemos curado, ¿sabe?

Me pareció imposible que lo hubiesen hecho. Apenas podía moverme.

—¿Tiene *whisky*? —me oí decir.

Alguien se echó a reír.

—¿Lo oye, Barton? El muchacho quiere *whisky*.

—¿Cree que le conviene? —preguntó el llamado Barton.

—Terminará de resucitarme —dije.

Se movieron unos pies y al cabo de un rato me pasaron un brazo por detrás de la cabeza. Busqué el vaso con los labios y lo encontré. Bebí un trago. Fue reconfortante. Me aticé otro latigazo.

El *whisky* corrió por mi estómago infundiéndome calor y luego tuve la sensación de que me corría por las venas.

Abrí otra vez los ojos. Fue más soportable. Miré la cara que tenía encima, una cara redonda, llena de arrugas, unos ojos de mirada amable, simpática. La cabeza estaba cubierta por una sucia gorra de

marino.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Barton.

—¿Barton qué más?

—Barton Barton —me sonrió—. Nunca supe de mi padre, ni de mi madre.

—Me salvó, ¿eh?

—Sí.

—Pues ha dejado de ser huérfano. Desde ahora soy su padre y su madre.

Le hizo gracia y se puso a reír.

—Me gustan los tipos de buen humor.

Ahora me di cuenta de que estaba sobre un lecho. No era una cama precisamente que quisiera para sí una actriz de Hollywood, dura como el mármol, pero no podía tener queja.

—¿Cómo fue la pesca, Barton? —inquirí.

—Tropezó con nuestra quilla. Sentí el golpe y me pareció extraño. Lo cogí con un arpón, justamente cuando se iba otra vez al fondo.

—¿Vieron también a los dos tipos?

—¿Qué tipos?

No, no los habían visto. Eso me alegró por ellos, mis salvadores. La gentuza de Diamond tomaría represalias al saber que Barton Barton me había sacado del río.

Traté de incorporarme, pero Barton me puso la mano en el pecho.

—¿Qué va a hacer? —dijo.

—He de salir de aquí. Tengo trabajo, amigo.

—¡Usted está loco! No podrá moverse.

—Es lo que usted cree. Apártese y lo verá.

Se alejó de la cama y yo hice un esfuerzo para salir de ella. Estuve a punto de darle la razón y quedarme allí, pero al instante me vino a la memoria el nombre de Mary Hall.

Inspiré profundamente e hice otro esfuerzo.

Me puse en pie. Creí que iba a caer, pero logré sostenerme.

Miré a Barton, que era de regular estatura. Al otro lado había un muchacho, de unos dieciocho años, de cara pecosa y pelo rojizo, revuelto. Me miraba con la boca abierta, como si yo fuese realmente

un muerto que empezase a andar.

La habitación era muy pequeña y se componía de una cama, dos sillas desvencijadas y un lavabo con un espejo.

Caminé hacia éste y apoyé las manos en el borde de la jofaina. Me observé en el espejo.

No, no era yo, allí había una equivocación. Tenía un esparadrapo sobre cada ceja y otro en el pómulo izquierdo. Mis labios estaban hinchados y mi cuello tenía tres marcas cárdenas. Sentí frío y me di cuenta de que estaba en paños menores.

Examiné mi cuerpo. Había más esparadrapos en las piernas y en los costados, porque sentí su contacto con la camiseta.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté.

—Seis horas —contestó Barton.

—¿Tanto?

—Primero estuvo sin sentido un buen rato y luego la empalmó porque quedó dormido.

—¿Está seca mi ropa?

—Sí, creo que sí —dijo Barton—. Pero no debe marcharse, se lo aseguro. En cuanto de unos pasos se caerá.

Alargué la mano y le quité el vaso de *whisky* de la mano. Todavía quedaban dos dedos. Apuré el contenido de un trago.

—La ropa. Me marchó.

Barton dio un suspiro.

—Anda, Bill. Tráesela.

El pelirrojo salió por una puerta y en seguida volvió, trayendo mi traje. Estaba arrugado, pero limpio.

—Le quitamos las manchas con un poco de gasolina y le cosimos el pantalón —dijo Barton.

Vi la camisa y la corbata en el respaldo de una silla. Empecé a vestirme y me costó bastante trabajo.

Cuando hube terminado me miré en el espejo. Estaba más aceptable.

Me tanteé la chaqueta y comprobé que no tenía la cartera.

—Está ahí —dijo Barton—. Debajo de la almohada.

Me acerqué a la cama y extraje la cartera.

—No se la tocamos ni siquiera para saber quién era usted. Sólo lo habría hecho si usted hubiese muerto.

Abrí la cartera. Los billetes estaban húmedos. Saqué los

doscientos dólares que había hecho escupir al tipo del traje oscuro y rayas blancas que envió Diamond a mi apartamento.

—Ahí tiene, Barton —dije, alargándoselos.

Barton miró el fajo de billetes.

—No puedo aceptarlos.

Se lo puse en la palma de la mano y le cerré los dedos.

—Yo le debo a usted mucho más. Mi nombre es Steve Fox. Si alguna vez necesita de mí, sea lo que sea, no vacile en llamarme.

Saqué una tarjeta de la cartera y se la metí en el bolsillo. Luego caminé renqueante hacia la puerta.

Bill se apartó para dejarme el paso libre.

Me volví con la mano en el tirador.

—Está muy lejos esto de la ciudad.

—No, yo le acompañaré —dijo Bill.

—No, muchacho. No conviene que te vean en mi compañía. Siempre hay soplones.

Barton sacudió la cabeza.

—Cuando salga siga hacia la derecha. Unas treinta yardas más abajo hay una parada de autobuses. Pasa cada diez minutos.

—Gracias, amigo. Lo que ustedes han hecho por mí no se olvida nunca.

—Buena suerte —dijo Barton.

—Gracias. Creo que la voy a necesitar.

Salí afuera, fui a la parada y sólo tuve que esperar como cosa de cinco minutos. Llegó el autobús y subí arriba. Algunos tipos me miraron con curiosidad, pero yo no les hice caso.

No había ni que pensar en recuperar mi coche. Aquellos condenados de Tommy y Lucca lo habrían tirado también al río. Pero alguien lo iba a pagar.

Eran las nueve de la noche cuando llegué a mi apartamento. No, no me esperaba nadie. ¿Por qué, si ya estaba muerto?

Tomé un baño caliente y luego curé mis heridas, cambiando los esparadrapos. Me puse otro traje y saqué la pistola de repuesto. Una «Luger». La llené de balas y me metí un par de cargadores en el bolsillo. El baile prometía ser movido.

Me encasqueté un sombrero de fieltro para cubrirme las cejas lastimadas. Cuando estuve dispuesto salí fuera. Compré un diario, tomé un taxi y di la dirección del Mombasa.

Llegado a mi destino, aboné la carrera y salté fuera poniéndome el periódico contra la cara.

Entré en el bar y pasé de largo por el mostrador. La sala estaba muy animada.

Llegué a la puerta de la Dirección y abrí sin llamar. Entré y cerré.

Sid Gray estaba escribiendo algo en la mesa y levantó la mirada. Yo aparté el diario de mi cara y me levanté el ala del sombrero.

Sid Gray empezó a cambiar de color.

—¿Tú otra vez, Fox?

—Sí, yo otra vez.

—No sabes lo que te conviene.

—¿Tú crees?

—Si lo supieses no estarías aquí.

Yo tenía la cabeza apoyada junto a la puerta y pude oír los pasos de alguien que se acercaba por fuera. Me retiré a un lado.

Se abrió la puerta y entró el grandote de Jack.

—Cuidado, chico —dijo Sid.

Pero dio el aviso demasiado tarde.

Yo estaba preparado. Cerré e instantáneamente clavé el cañón de la pistola en los riñones del gorila.

Sentí cómo se estremecía.

—Echa a andar, Jack —ordené—. Hacia la mesa.

Me obedeció y se detuvo donde le dije. Entonces lo registré rápidamente. Le saqué una pistola, unas manoplas de acero y un caño de plomo. Lo fui arrojando todo al suelo, lejos de mí.

Sid se mordió el labio inferior detrás de la mesa.

—Al suelo, Jack —dije—. De rodillas.

Jack hizo una mueca.

—¿Para qué? —murmuró—. Me has dejado sin armas.

—No quiero bromas. He dicho que de rodillas. Las manos en la nuca. Y como intentes algo, ya sabes lo que te vas a ganar.

Jack sabía que yo estaba hablando en serio. Se puso de rodillas y se llevó las manos a la nuca. Me alejé dos pasos de él y ya tuve la seguridad de que no podría hacer nada.

—Muy bien, Sid —dije—. Quiero ver a Diamond.

—No está aquí.

—Ya veo que no está, pero vas a hacer que venga.

—Tiene trabajo, ¿sabes?

—Déjate de historias, Sid. Quiero aquí a Diamond antes de un minuto. Si no es así, tú lo vas a pagar.

Estaba pálido y era tanta la ira que le invadía, que respiraba entrecortadamente. Alargó la mano hacia un tablero de botones que había sobre la mesa. Yo lo interrumpí, diciendo:

—Mucho cuidado con lo que haces, Sid. Sólo quiero ver a Diamond. Si acuden a tu llamada un par de matones, te juro que hoy va a ser un día grande para ti.

Estuve acertado, titubeó unos instantes. Se disponía a pulsar un botón que no era. Por fin apoyó la yema del dedo en el segundo.

Calculé que Diamond aparecería por la puerta que lo hizo la primera vez, por la derecha, y me fui al rincón sin perder de vista a mis dos amigos.

Sid corrió la mano hacia un bolsillo.

—Cuidado, muchacho —le dije.

—Voy a sacar el pañuelo, estoy sudando.

Le apunté con la pistola.

—De acuerdo, pero que sea el pañuelo.

No era ningún engaño. Se enjugó el sudor de la frente y soltó un resoplido.

En esto, la puerta que estaba junto a mí se abrió.

Diamond entró rápidamente y empezó a sonreír, pero al ver a Jack en el suelo, trató de retroceder.

Yo salté y pegué un patadón en la puerta.

CAPÍTULO IX

Diamond cerró los puños y fue a dispararlos contra mí, pero le apunté al estómago.

—Anda, chico —le dije, mostrándole los dientes—. Inténtalo. Anda, pégame.

Se contuvo haciendo una mueca.

—¿No te asustas, Dick? —pregunté.

—¿De qué me voy a asustar?

—Tú me creías muerto.

—No. Sabía que te habías librado, pero el muchacho lo pagó. Se escapaba en un camión de pescado y el muy estúpido no se dio cuenta de que yo controlo también ese transporte.

Le sonreí.

—Tú eres un tipo muy listo. Has mejorado mucho de posición desde que nos enfrentamos.

Se echó a reír halagado y luego dijo:

—Tú sigues siendo el mismo pobre diablo de entonces.

—Sí —dije—. Soy un pobre diablo al que le gusta hacer de cuando en cuando una limpieza en esta ciudad y esta vez te ha tocado el turno, Dick.

—No hablas en serio. Tú no eres capaz de matar a un hombre a sangre fría, Steve.

—Lo tengo que hacer en legítima defensa, muchacho. Te has empeñado en matarme y no voy a permitir que lo consigas. Lo de hoy ha sido un auténtico milagro. ¿Ves cómo me pusieron? —Levanté la cara en alto—. Y todo el cuerpo lo tengo así, lleno de señales.

Frunció el ceño.

—Déjate de historias, Steve. No cuela conmigo.

—No, ¿eh?

—Hablé antes con Johnny. No te hizo nada. Tú lo desarmaste y

le diste la licencia.

—Claro, que le di la licencia, pero eso fue anoche, y entonces me los enviaste por parejas.

—No sé de qué me hablas.

—Lucca y Tommy.

—¿Lucca y Tommy?

—¡Sí! —chillé—. El par de asesinos con más bajos instintos que he encontrado en mi vida. Siguieron bien tus instrucciones, Dick. Primero me trituraron y luego al agua.

Diamond me observaba con los ojos entrecerrados.

—¿Qué cuento es éste, Steve?

Le crucé la cara con la mano libre y lo hice con ganas. Retrocedió dos pasos y sus ojos despidieron chispas de fuego.

—¡Maldito seas, Steve! ¡No me toques!

—¡Te voy a arrancar la piel!

—Me parece que aquí hay un error. Yo no te mandé a esos muchachos de que hablas.

—Anda, niégalo. Sólo falta que te pongas de rodillas para suplicarme por tu vida.

—No esperes que haga eso. Sabes perfectamente que no soy de esa clase, pero insisto en que yo no te mandé a esos fulanos.

—No tengo ninguna cuenta pendiente con nadie más. Tú mismo lo dijiste, Dick.

—Escucha bien, Steve. Te tengo ganas, no lo niego. Yo envié al tipo que te encontraste en tu apartamento. Era Johnny Lazio, el que se quiso escapar después de fallar contigo, pero luego se acabó.

—¿Qué quiere decir eso de que se acabó?

—Lo pensé mejor y decidí que no valía la pena que me complicase la vida contigo. Eres un tipo duro.

—Es una sucia patraña. Me siguieron dos tipos un buen rato durante esta mañana y, finalmente, cayeron sobre mí.

Diamond negó con la cabeza.

—Te digo que no fui yo. Estás cometiendo un error, Steve.

Me quedé pensativo. ¿Y si estaba diciendo la verdad?

Miré a Sid, que estaba escuchando atentamente.

—¿Y tu hampón? —le dije—. ¿Me los enviaste tú?

Sid apretó los dientes.

—Yo estoy muy alto, Steve. No hago esas cosas.

—Claro que sí. Tienes a Dick Diamond para que te lo solucione.
En ese instante, se oyó la voz plañidera de Jack.

—Oiga, Steve, estoy cansado, no puedo mantener las manos
junto a la nuca por más tiempo.

—Continúa —dije.

Di dos pasos por la estancia y me detuve observando otra vez a
Diamond.

—¿Harías algo por mí si te lo pidiese, Dick?

—No.

—¡Muy bien! Entonces será peor para ti. Tú lo vas a pagar todo:
lo de Johnny, lo de Lucca y lo de Tommy.

—¿Qué pasará si te hago el favor?

—Me marcharé de aquí sin más.

—¿Es eso cierto?

—¿Cuántas palabras tengo yo?

Sacudí la cabeza.

—En los tiempos que yo te conocí sólo tenías una, pero quizá
hayas cambiado algo.

—Tendrás que arriesgarte.

Se pasó la mano por la mejilla.

—Está bien, Steve. ¿De qué se trata?

—Quiero que tus chicos me traigan aquí cuanto antes a esos dos
fulanos.

—¿Sólo eso?

—Nada más.

—Tommy y Lucca, ¿eh?

—Sí, Tommy y Lucca, éstos son los nombres. Ambos son
morenos, sus caras están ahora un poco deformadas. Chocaron
contra mis puños.

—Será fácil.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—Espera —le dije.

Se detuvo, volviendo la cabeza hacia mí.

—Yo me quedo aquí con Sid —expliqué—. Si me preparas una
encerrona, te juro que me llevaré a tu jefe por delante.

Diamond miró a Sid Gray y éste le miró a él.

—No se preocupe, jefe...

Sid hizo un movimiento afirmativo.

Entonces Diamond salió definitivamente del despacho.

Eché la llave rápidamente. Luego me fui a la puerta principal y también corrí el pestillo.

Jack suplicó otra vez:

—Steve, me estoy cayendo.

—De acuerdo, cáete de una vez. Tiéndete en la alfombra boca arriba, los brazos a lo largo de los costados, como si estuvieses durmiendo.

Jack se tendió, dando un suspiro de alivio.

Me senté en el borde de la mesa de Sid Gray. Vi una caja de cigarros y la abrí. Tomé uno sin pedir permiso y lo mordisqueé escupiendo un trozo de tabaco. Luego encendí y arrojé el humo.

—Caramba, no te privas de nada, ¿eh, jefe? El vicio rinde.

—Todo consiste en ser más listo que los demás.

—Y tú y Diamond sois un par de tipos muy listos, ¿verdad, Sid? No os dais cuenta de una cosa: de que tarde o temprano, antes de que os pongáis a disfrutar de todo lo robado, los gusanos se pondrán a dar cuenta de vosotros.

Se sentó, sonriendo.

—¿Has venido aquí a moralizar, Steve?

—No. En busca de un asesino.

—¿Del de Mary Hall?

—Acertaste, hermano. Del de Mary Hall.

—Lo tiene ya la policía.

—No, Sid. No fue Bruno Harrison quien mató a Mary Hall. El asesino sigue suelto.

De pronto, llamaron a la puerta por donde había desaparecido Diamond.

Salté de la mesa y fui hacia allá.

Despasé la llave y me aparté a un lado, abriendo de un tirón.

Lucy Nelson entró en la estancia.

—¿Te gusto, Sid? —dijo, deteniéndose.

Se cubría con un vestido de lamé oro que dejaba sus hombros al desnudo. Estaba realmente sugestiva. Todavía no me había visto a mí, pero descubrió a Jack en el suelo.

—¿Qué haces, Jack? ¿Ejercicios de yoga?

Yo cerré suavemente y entonces la joven se volvió hacia mí, lanzando un grito.

Empezó a sonreír.

—Caramba, si es el detective. ¿Qué le ha pasado? ¿Acometió a un autobús?

—Fui a pedir la mano de mi novia.

Jack soltó una estrepitosa carcajada. Se irguió y quedó sentado sobre el piso. Las lágrimas le brotaban de los ojos.

El más asombrado fui yo. No sabía que el gorila tuviese sentido del humor.

Lucy volvió rápidamente la cabeza hacia Sid.

—Un día de éstos vas a despedir a este imbécil.

Jack dejó de reír de pronto.

—¿Qué le he hecho yo, señorita Nelson?

—Cierra el pico —le dijo ella.

Jack sacudió la cabeza. Sid sólo tenía ojos para Lucy.

—Estás preciosa, nena. Palabra que lo estás.

Lucy me miró, sonriente.

—¿Lo ve? Ha conservado una ostra con él durante un año y hasta ahora no se dio cuenta de que tenía dentro una perla.

Pasé por su lado, y me apoyé otra vez en la mesa. Lucy sonrió y dijo:

—Bueno, ya que están de negocios —señaló con el dedo mi pistola—, yo me marchó.

—No tengas prisa, nena —dije.

—¿Es que me va a utilizar a mí también como rehén?

—No puedo arriesgarme con nadie.

—He de cantar dentro de cinco minutos.

—Lo siento, ricura, pero tendrás que privar por unos momentos a tus admiradores del encanto de tu voz.

Se encogió de hombros.

—¿Y a mí qué? Para lo que voy a durar aquí...

Se sentó en un sillón y cruzó las piernas.

Sid alargó la mano y cogió un cigarro de la caja poniéndose también a fumar.

Transcurrieron diez minutos sin que nada viniese a turbar el silencio que reinaba en la habitación.

De repente, la puerta de emergencia se abrió de golpe.

Un tipo entró disparado por el hueco y cayó al suelo. Luego llegó otro, que trastabilló, pero pudo permanecer en equilibrio.

Detrás de ellos apareció Diamond, el cual cerró a sus espaldas.

El que estaba en el suelo era Lucca. Se quedó mirándome como si yo fuese un espectro.

Tommy parecía más seguro de sí mismo. No tenía miedo a la muerte.

—Hola, muchachos —dije.

Ninguno de ellos me contestó.

Jugueteé con la pistola.

—¿Cómo pudo salvarse? —preguntó de pronto Lucca.

—No tuvisteis en cuenta que soy campeón de inmersión y, además, prestidigitador. El gran Houdini, a mi lado, sólo era un aficionado.

Tommy torció la boca.

—¿Para eso nos ha hecho llamar? ¿Quiere hacemos otra demostración?

—Sí, pero en un estilo diferente. A no ser que me digáis muy de prisa quién es la persona que os pagó para retirarme de la circulación.

—Va a perder el tiempo, sabueso —dijo Tommy.

Dick Diamond le soltó un trallazo en la cara y el muchacho se derrumbó golpeando contra Lucca.

—Yo os voy a arreglar —exclamó Diamond—. Vais a cantar todo y luego os colgaré de los dedos. No consiento que nadie mezcle mi nombre en un negocio cuando no corre de mi cuenta.

—No dimos tu nombre —gimió Tommy—. ¿Verdad, Lucca?

—Desde luego que no.

—Pero él ha creído que fui 3^{ro} —repuso Diamond—. ¡Maldita pareja de bravucones! ¡Soltadlo de una vez, antes de que os haga picadillo!

Tommy y Lucca cambiaron una mirada, y luego depositaron los ojos en mí. Lucca fue el que habló:

—Es una mujer.

—¿Una mujer? —repetí, emocionado.

Lucca sacudió la cabeza.

—Su nombre —pedí.

Volvió a mirar a Tommy, y éste dijo:

—No se lo digas.

Diamond dio unos pasos hacia ellos. Pero Tommy se puso a

chillar.

—¿Qué vamos a sacar con esto? —me dijo—. ¡Diamond nos va a liquidar de todas formas!

—No lo hará —contesté.

—¿Quién lo asegura?

—Yo. —Hice una pausa—. Saldréis de aquí enteros.

Tommy titubeó unos instantes. Finalmente, dijo:

—Helen Carter.

¿Helen Carter? No me decía nada aquel nombre.

—¿Quién es? —pregunté.

—Una dama de la Octava Avenida.

Apreté los dientes, rabioso.

—¿Intentáis burlaros?

—No es ninguna burla. Es la dama que yo digo. Parece increíble, ¿verdad? Pero es así.

—¿Quieres decir que ella se presentó a vosotros y os pidió que me liquidaseis?

—Sí. Ella vino a nosotros, pero nos dio otro nombre. Susy Smith. A mí no me la pega, nadie. En cuanto la vi me imaginé en seguida que era una mujer de clase.

—¿Dónde fue la entrevista?

—En el bar de Duilio Benetti. Nos la presentó el propio Duilio en el reservado. Ella nos propuso el asunto.

—¿Cuánto os pagó?

—Quinientos dólares a cada uno, pero íbamos a sacar más.

—Ya comprendo. Pensabais chantajearla. Por eso la seguisteis a su domicilio y os enterasteis de su verdadera personalidad.

—Sí, fue así.

—¿Habéis establecido contacto con ella otra vez?

—No.

—¿Por qué?

Se señaló la cara.

—No estábamos presentables. Decidimos dejar correr unos días. Después de todo, teníamos dinero.

—¿En qué número de la Octava Avenida vive?

Tommy me lo dijo y luego le hice la siguiente pregunta:

—¿Cómo es?

—De unos treinta años, morena, muy esbelta. Es una mujer de

clase, se lo digo yo. Me fugaría con ella en cuanto me lo propusiese.

Hubo un silencio.

—¡Largo de aquí! —dije.

Diamond les interrumpió el paso.

—Déjalos de mi cuenta, Steve.

—Apártate, Dick. Van a salir de aquí como llegaron.

Diamond fue a decir algo, pero se mantuvo callado.

—Está bien, chicos. Tenéis suerte.

Yo sabía que no la iban a tener. En cuanto Tommy y Lucca escapasen de allí, él daría orden a sus chicos para que los cazasen. Diamond no podía consentir que aquel par de ratas se hubiesen mezclado en sus cosas.

Los dos pistoleros abandonaron la habitación.

Yo tenía que hacer en otro sitio.

Empecé a retroceder hacia la puerta.

Sid Gray dijo:

—Procura que sea tu última visita, Steve.

—Creo que lo será.

Jack empezó a levantarse, pero no intentó seguirme. La fiesta había terminado bien para todos.

Salí fuera y cerré. Luego crucé la sala sin novedad, y cuando llegué a la calle respiré.

Hice señal a un taxista, que se acercó con su coche rápidamente. Una vez dentro, di al conductor la dirección de la Octava Avenida.

CAPÍTULO X

Apreté un timbre y del interior me llegó un repiqueteo musical. Al cabo de un rato se abrió la puerta y apareció un tipo muy estirado.

—¿La señora Carter? —pregunté.

Me miró como si yo fuese un ex presidiario en busca de trabajo.

—¿Qué desea? —Cloqueó.

—Le pregunté por la señora Carter.

—¿Le dio cita ella?

—No.

—En tal caso, tendrá que solicitarla.

—Olvide eso, hermano, y entregue mi tarjeta —le alargué una.

Vaciló unos instantes, pero al fin la tomó leyéndola para sí. Al momento se puso a parpadear.

—¿Detective privado?

—Sabe leer muy bien.

—Veré si la señora lo puede recibir.

Fue a cerrar dejándome en la calle, pero a mí nunca me ha gustado que me traten así. Empujé la puerta y me metí dentro.

Quiso protestar, pero debió leer algo en mis ojos.

—Siéntese —dijo.

El vestíbulo parecía la Estación Central. Era enorme y al fondo nacía una escalera que un poco más arriba se partía en dos brazos.

El fulano se retiró de mi lado y desapareció por la izquierda.

Yo asomé la cabeza junto a una cortina y lo vi llamar a una puerta y pasar a la habitación.

Me di mucha prisa hasta llegar hasta aquel lugar. La puerta no estaba cerrada totalmente. Una voz fina, aterciopelada, murmuró:

—Dile que no puedo recibirle, Raymond. Me encuentro enferma.

—Sí, señora.

Oí pasos.

El fulano salió por la puerta y dio un respingo al verme allí.

—La señora... —empezó a decir.

Pero yo le atajé rápidamente:

—Ya lo oí, Raymond, y voy a entrar.

Le quité la mano del tirador.

—No puede hacer eso —dijo.

Proyecté el mentón hacia delante.

—¿Lo va a impedir usted?

Empezó a ponerse cárdeno.

—Avisaré inmediatamente al señor.

—Por mí puede avisar al parque de bomberos —le dije.

Abrí la puerta y entré dentro, cerrando a mis espaldas.

La señora Carter había escuchado nuestra conversación y estaba de pie mirando hacia la puerta, justo donde yo estaba. El amigo Tommy tenía gusto. Había acertado. Era una mujer de clase, una morena de las que se ven pocas por ahí, esbelta, de piernas largas y con todo lo que una morena debe tener.

Se mantenía con la barbilla erguida, altiva, orgullosa.

—¿Señora Carter?

—Ya le he dicho que no le podía recibir.

—Lo oí perfectamente. Supongo que mi nombre le habrá recordado unas cuantas cosas.

Observó mi tarjeta, que conservaba en la mano.

—¿Señor Fox? —dijo con el mismo tono que si se refiriese a un perro de vagabundo—. No le conozco.

Me acerqué a ella, mientras decía:

—Miente muy mal, señora Carter.

Las aletas de su bonita nariz palpitaron.

—¿Me va a llamar embustera?

—Sí.

Su mano se cerró y la tarjeta revoloteó en el aire y cayó sobre la gruesa alfombra.

—¡No se lo voy a consentir, señor Fox! —exclamó.

Le sonreí.

—Claro que no. Su sangre aristocrática no puede consentir que un vulgar hombre del pueblo venga aquí a llamarla embustera. Pero en ocasiones, usted puede rebajarse a hacer lo que está al alcance de cualquier persona de bajos instintos.

—¡Señor Fox!

Sus ojos se convirtieron en rendijas por las que arrojó fuego. Yo proseguí:

—Usted, con su dinero, puede rebajarse a contratar a un par de asesinos profesionales cuya misión no es otra que la de acabar con la vida de un hombre. Eso parece que importe muy poco a su sangre azul.

—¿Qué clase de tonterías está diciendo, señor Fox?

—Sabe perfectamente a qué me refiero y he venido a hacerle unas preguntas, señora Carter. ¿Por qué lo hizo?

Había desaparecido el color de su rostro y ahora giró bruscamente, dándome la espalda.

—Me niego a contestarle. Le suplico que se marche.

—No, señora Carter. No me puedo marchar. Usted debe haber tenido razones muy poderosas para atreverse a hacer lo que ha hecho. Por si le sirve de algo, esos sujetos que usted contrató estuvieron a punto de liquidarme. No fue culpa de ellos si fracasaron, pero me salvé, y aquí estoy.

—¡Márchese! —repitió.

Vi un teléfono sobre una mesita muy cercana.

—Está bien, señora Carter. Si usted lo prefiere, llamaré a la policía.

Di dos pasos, pero de pronto, ella se volvió.

—¡No!

Me detuve, observándola. Se estaba mordiendo el labio inferior.

—¿Va a decírmelo, señora Carter?

—Usted no lo entiende, no lo puede entender.

—Lo dice usted de una forma que estoy por acercarme al Hudson y arrojarme yo mismo con una piedra al cuello.

—Por favor, déjeme sola.

—No puedo, señora Carter. Ya se lo he dicho. O me lo dice a mí o se lo dice a la policía. Tiene para elegir.

Movió la cabeza de un lado a otro y entre sus cejas apareció una arruga.

De pronto, la puerta se abrió de golpe.

—¿Qué pasa, Helen?

Volví la cabeza rápidamente. Un hombre irrumpió en la estancia, cerrando con fuerza a sus espaldas. Era alto, un buen

mozo, tendría unos treinta y cinco años y era rubio.

—¿Señor Carter? —dije.

—¿Qué hace usted en mi casa? —repuso, con voz ronca—. ¡Salga de aquí inmediatamente si no quiere que llame a la policía!

—¿La policía? —repetí—. Es justamente lo que yo iba a hacer.

De pronto, se oyó un sollozo a mis espaldas. Volví la cabeza y vi a la señora Carter con el rostro oculto entre las manos.

El hombre rubio se humedeció los labios con la lengua.

—¿Quiere explicarme qué significa esto?

—Quizá lo podamos hacer a medias, señor Carter.

—No sé lo que quiere decir.

—Bien, creo que ha llegado el momento de que cada uno de nosotros enseñe su juego.

—Explíquese.

—¿Conocía a Mary Hall?

Los ojos de Carter fueron rápidamente hacia su mujer, la cual seguía sollozando. Hizo una mueca.

—Creo que he oído hablar de ella.

—No le he preguntado si ha oído hablar de ella.

—¡No tolero que me hable en ese tono!

—Le dije que íbamos a mostrar nuestro juego y creo que eso nos conviene a todos, posiblemente a ustedes más que a mí.

Sacó un pañuelo y se lo llevó a la boca.

—Sí, conocía a Mary Hall.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—No recuerdo.

—Yo le refrescaré la memoria. La vio poco antes de que fuese asesinada.

—No.

—Sí. Estuvo en el propio apartamento de ella y justo allí fue sorprendido por el ex marido de Mary, por Bruno Harrison. Usted y él pelearon.

Helen Carter había dejado de llorar.

En la habitación se produjo un profundo silencio.

—¿Qué dice usted, señor Carter? —inquirí.

—Está bien. Es cierto.

—¿Qué pasó después que usted dejó sin sentido a Bruno Harrison?

—Me marché.

—¿Adónde?

—Salí a la calle.

—Quisiera creerlo.

—Fue exactamente como le digo.

—¿No es más cierto que usted permaneció en el edificio y que cuando Bruno Harrison se marchó usted volvió a entrar en el apartamento de Mary?

—No.

—¿No es más cierto que usted, por alguna razón, peleó con ella y la mató?

—No. ¿A quién se le ha ocurrido semejante idea?

Miré a Helen Carter y luego al rubio. Finalmente, respondí:

—Al parecer, a cierta persona y es posible que ella haya tenido razones para llegar a tal conclusión. Quizá usted llegó manchado de sangre, la sangre de Mary Hall.

—¡Usted está loco!

—O quizá habló mientras dormía.

Carter se pasó el pañuelo por la frente enjugándose el sudor.

Me volví hacia Helen Carter.

—¿Dónde estaba usted ayer por la tarde entre las seis y las siete, señora Carter?

—Estaba aquí —contestó el rubio.

—Le he preguntado a ella, señor Carter.

—¡No lo voy a soportar más, señor Fox!

En ese instante, intervino la hermosa mujer.

—Espera, Rowland, quiero decir la verdad.

—¿La verdad? —repitió su marido—. No te comprendo.

—No estaba en casa.

—¿Dónde estabas?

Helen Carter bajó la mirada al suelo.

—Te seguí en un taxi hasta la casa de Mary Hall.

—¡Helen!

—Sí, Rowland. No lo podía soportar más. Sabía que te veías con ella. Esperé un rato y luego te vi salir pálido, maltrecho. Di al conductor la dirección de nuestra casa y llegué antes que tú. Tenías una herida junto a la oreja. Yo lo di por bueno, estaba contenta porque pensé que habías reñido con Mary Hall, pero luego escuché

en la radio lo ocurrido y pensé que...

Helen se interrumpió.

—¿Qué pensaste, Helen? —Rowland frunció el ceño—. ¿Tú creíste que yo..., que yo había asesinado a Mary Hall?

—Sí, Rowland.

—¡Oh, no, Helen!

—Lo pensé. Estaba como loca y los celos me corroían el alma... y no quería perderte.

—¿Entonces? —preguntó Rowland.

—Te dejé en el cuarto de baño y yo bajé aquí y telefoneé al encargado del edificio. Le dije que le daría dos mil dólares si no decía nada acerca de ti. Le rogué que me tuviese informada.

Hubo otro silencio.

—Continúe —dije.

—El propio encargado me habló esta mañana de usted cuando entró preguntando por el hombre rubio. Me di cuenta de que usted era el hombre peligroso.

—Entiendo, y entonces fue cuando contrató a esos dos hombres y los puso detrás de mí.

—Sí.

Rowland Carter se dejó caer en un sillón y se apretó las sienes con las manos.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Tú creíste que yo era el culpable y te has atrevido a...

Helen se acercó a su marido y se puso de rodillas a su lado.

—Te quiero, Rowland, te quiero.

Yo estaba allí de sobra.

Eché a andar hacia la puerta. Al llegar al umbral, me volví. Rowland Carter apretaba contra su pecho a su mujer.

Salí fuera y cerré suavemente.

El mayordomo estaba en el vestíbulo muy estirado. Pasé por su lado y salí de la casa.

Eché a andar por la calle lentamente.

Entré en el primer bar que encontré en mi camino y me introduje en la cabina telefónica. Marqué un número.

—¿Teniente Walt Yates?

—Sí, ahora le pongo.

Esperé unos segundos.

—Aquí el teniente Yates, de Homicidios. ¿Quién llama?

—Steve Fox.

—Tú, ¿eh?

—Yo, sí.

—Buena la has armado.

—¿Sí?

—¿Es que no estás al corriente?

—¿De qué?

—Me dijeron que estuviste en el Mombasa hace cosa de una hora.

—Sí.

—Pues agárrate. Tu presencia ha originado una reacción en cadena. Hace un rato se acaban de cargar a Dick Diamond.

—No me digas.

—Sí, hombre, te lo digo. Fueron dos tipos. Se dieron a la fuga, pero su coche chocó contra otro que venía en dirección Contraria. Los agentes les han podido echar mano. Sus nombres son Tommy Lamberty y Memmo Lucca. Se pusieron a decir algo de que si no mataban a Diamond, él los mataría a ellos y también dijeron algo de que tú tenías la culpa de todo.

—Vaya hombre. Enhorabuena.

—¡Escúchame, Steve! ¡Esos que han muerto son gentuza, pero no puedo consentir que vayas por la ciudad liquidando a la gente!

—Yo no lo hice, muchacho.

—¿Y qué más da? Es como si hubieses apretado tú el gatillo.

—¿Has terminado ya el sermón?

—Sí, pero será mejor que te tomes unas vacaciones.

—Quizá lo haga. No es mal consejo.

—¿Cómo dices? No te creo.

—¿Qué es lo que hago cuando un caso está resuelto?

—Déjate de fanfarronadas, Steve. Ya me imaginaba que tú cambiarías un día u otro. Pareces un detective.

—Muy bien, teniente. Cambiando de tema, ¿te interesa cazar al asesino de Mary Hall?

—Lo tengo ya.

—¡Oh, no! A ése lo tendrás que soltar y he pensado que te conviene tener uno de repuesto antes que presentarte con las manos vacías ante el comisionado.

—Oye, Steve...

—Cállate.

Cerró la boca, pero pude oír el silbido de sus pulmones.

—¿Quién es, Steve? —me dijo con interés.

—Te indicaré la dirección de una persona que te lo dirá.

—Déjate de acertijos.

—Dirígete al encargado del edificio donde vivía Mary Hall.

Apuesto a que él conoce a la persona que clavó el cuchillo. ¿Te darás un poco de prisa?

—Oye, ¿qué significa eso? ¡Tienes que explicarme! ¡Vamos, empieza!

—Hasta la vista, teniente.

—¡Espera! Espera, Steve.

Pero no esperé.

CAPÍTULO XI

Entré en el Mombasa.

Lucy Nelson cantaba en lo alto de un estrado, delante de la orquesta. Lo hacía con una voz dulce, suave, de la que el micrófono sacaba el máximo partido.

El local estaba envuelto en penumbra.

Me fui derecho al mostrador y tomé posesión de un taburete. Le hice una señal a un mozo y le pedí en voz muy baja un *whisky* doble.

No había tenido dificultades en la puerta.

Bebí un trago. Era un *whisky* bueno, pero me lo harían pagar. Entonces hice mis cálculos. Yo había cobrado solamente doscientos dólares de Bruno Harrison y a cambio de eso me había jugado la piel. Era un mal negocio. Cuando uno se juega la piel debe cobrar más de doscientos dólares. ¿Cuáles serían los honorarios dignos? Decidí que mi vida valía al menos tres o cuatro mil dólares. Lo dejé en un término medio: tres mil quinientos.

Pasé revista al reparto de personajes que había intervenido en el caso y elegí al que debía de pagarme los tres mil quinientos.

Estaba allí. Lo tenía muy cerca.

Salté del taburete con mi vaso y me puse a andar. Ya había hecho ese camino otras dos veces en poco tiempo.

Puse la mano en el tirador de la puerta y fui a abrir. Pero entonces una voz dijo a mis espaldas:

—Hola, sabueso.

Me volví. Era Jack. Escondía la mano en el bolsillo y me di cuenta de que le abultaba mucho. ¿Qué es lo que empuñaría? ¿La pistola, la manopla, o el caño de plomo?

—¿Qué tal, chico? —saludé, jovialmente.

—Le dijeron que no volviese más por aquí.

—Uno no puede desprenderse así como así de los amigos.

Alguien cuchicheó para que nos callásemos.

Jack hizo una señal con la cabeza.

—Vamos, entre.

Entré y él vino detrás.

Sid Gray estaba escuchando la voz dulce de Lucy en su mesa. Le llegaba por un pequeño altavoz de plástico todo blanco que tenía sobre la mesa. Sólo había tenido que apretar uno de los botones del tablero.

Fumaba uno de los cigarros especiales de su caja.

Levantó la mirada, y al verme frunció el ceño, pero luego sus labios se distendieron en una sonrisa.

—Al fin estás cazado, ¿eh, Steve?

Jack bravuconeó a mis espaldas.

—Ya se lo dije a usted, jefe. La próxima vez me haré con él.

Sid y yo nos miramos. De pronto, dijo:

—Lárgate, Jack.

—¿Cómo dice, jefe?

—¡He dicho que te marches!

—Pero es Steve Fox, el detective.

—¿Cómo quieres que te dé una orden?

Jack estaba hecho un lío. No comprendía nada.

—Debe llevar un arma, jefe. Le registraré.

—Está bien, quítasela.

Jack me palpó y despojóme de mí «Luger». Luego, tartamudeó:

—¿Está seguro de que quiere quedarse a solas con él, jefe?

—¡Lárgate de una vez antes de que te despida!

—Sí, jefe —respondió el gorila.

Se marchó.

Yo avancé con mi vaso de *whisky* y me senté en el cómodo sillón que había ocupado durante mi primera visita.

Sid bajó el tono y la vez de Lucy se alejó mucho.

—Debo darte las gracias, Steve.

—¿Sí? —dije, observándolo.

—Dick Diamond se había convertido en un hombre peligroso para mí.

—¡Vaya!

—Es lo que pasa siempre. Diamond pertenece a esa clase de tipos que uno quiere tener al lado sólo durante una temporada.

—Hasta tener el cofre lleno de billetes.

—Sí, algo así, pero luego son difíciles de manejar. Se creen muy listos y se ponen a pensar en que ellos pueden asumir el mando de todo. Son unos ingenuos, ésa es la palabra exacta. Dick Diamond, como otros tantos, procedía de los barrios bajos.

—¿Tú no, Sid?

—Bueno, yo también, pero soy de un barro especial. Dick Diamond era un vulgar pistolero, tú lo sabes. Desde luego, el chico valía, eso no lo voy a negar. Uno necesita hombres como él, especialmente en determinadas circunstancias, pero como Diamond los hay a centenares por ahí.

—Sí, las cárceles están llenas.

Sid hizo una pausa y sonrió.

—Estuve pensando en lo que me dijiste antes. Ya sabes, lo de retirarme a tiempo.

—Caramba, eso es una sorpresa.

—Sí, Steve. La verdad es que he estado examinando la vida de mis amigos, ya entiendes, los que empezaron conmigo, y... ¿qué les ha pasado a todos?

—Eso es, ¿qué les ha pasado?

—Todos tienen su tumba. Naturalmente, he de confesar que la de alguno de ellos está construida con mármol traído exprofesamente de Italia, pero ¿qué más da? Están muertos y eso es lo que importa.

—Así que te vas a retirar, ¿eh, Sid?

—Desde luego. Lo tengo decidido. Voy a vender todos mis negocios. Hay gente que pujará por ellos. Sacaré un buen pellizco, ¿sabes?

—No lo dudo. Tus negocios siempre han sido buenos, Sid.

—Hace cosa de dos meses estuve en California. Conocí un lugar estupendo frente a la isla de Santa Catalina, en la costa. ¡Infiernos! Un arquitecto dijo que allí se podía construir un palacete de ensueño. Es allí donde voy a ir a parar, Steve.

—Ya me darás la dirección para mandarte la tarjeta de Navidad. Se echó a reír.

—Siempre has sido un tipo gracioso, Steve.

—A propósito, te tengo reservado un chiste especial.

—¿Sí?

—El último que se me ha ocurrido.

—Apuesto a que es bueno.

—Desde luego lo es. —Hice una pausa—. Me vas a largar tres mil quinientos.

Se quedó quieto, de muestra. De pronto se echó hacia atrás y soltó una estrepitosa carcajada. Empezó a golpear la espalda contra la silla. Sus hombros se estremecieron de arriba abajo. El cigarro le resbaló de los labios y cayó en la mesa. Reía cada vez más fuerte, con los ojos llenos de lágrimas.

Bebí un trago de *whisky*.

Sid empezó a hacer movimientos con la cabeza, y, finalmente, se fue serenando. Se enjugó las lágrimas con el pañuelo.

—Palabra que es bueno, sí, señor.

—Lo mejor de todo es que hablo en serio —dije.

Me observó con los ojos fruncidos.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso, Steve?

—Uno cobra sus servicios.

—Ya comprendo. Quieres que te pague lo de Diamond.

—También he sido tu asesor. Has tomado la determinación de retirarte después de oír mis palabras.

—Sí, eso es cierto.

—Y te vas a llevar un buen paquete.

Se echó a reír otra vez, pero ahora lo hizo suavemente.

—No sé por qué lo voy a hacer, quizá sea porque en el fondo he sentido admiración por ti, Steve.

—Gracias.

—Sí, señor. No me importa reconocer las cosas. Dicen que ésa es una de las condiciones indispensables para ser algo grande en la vida, y yo las reconozco, ¿entiendes, Steve?

—Lo entiendo.

Se levantó y caminó hacia la pared. Quitó un cuadro de su sitio y lo depositó en un sillón. Tras el cuadro había una caja empotrada. Jugueteó con el dial unos segundos, y, finalmente, tiró de la puerta, abriéndola. Trajinó en el fondo y poco después sacó un fajo de billetes. Cerró la caja y se acercó a la mesa.

Los billetes estaban cogidos con una goma. Arrojó el fajo hacía mi lado, por encima de la mesa. El fajo cayó sobre mis rodillas.

Lo cogí antes de que cayese al suelo y me gustó su contacto.

—Ahí tienes tres mil quinientos. Puedes contarlos.

—No hace falta.

Hice un rollo con el fajo y me lo metí en el bolsillo interior de la chaqueta. No me dejaría registrar por Jack a la salida si quería seguir siendo un tipo con mucho dinero.

De pronto, disparé mi pregunta:

—¿Cómo era Mary Hall?

Dio un respingo.

—Me molesta esa conversación.

—Hay que hablar de todo.

—De eso, no.

—¿Por qué, Sid? ¿Acaso tienes miedo?

—Déjate de historias. Nunca me ha gustado hablar de muertos.

—Sin embargo, has hablado antes de Diamond.

—Quiero decir de las mujeres muertas.

—Eres muy delicado.

Bebí otro trago. Sid Gray se había puesto instantáneamente a la defensiva.

En eso la puerta se abrió y volvió la cabeza. Era Lucy Nelson. Al verme borró la sonrisa que tenía en los labios. Se acercó andando lentamente.

—¿Te vas a asociar con él, Sid?

—Nos estábamos despidiendo, nena.

—¿Y aún no habéis terminado?

La medí de pies a cabeza. Era muy hermosa Lucy Nelson.

—No, todavía no —dije—. Faltaba hablar acerca de lo más importante: de Mary Hall.

Sonó como el estampido de un pistoletazo.

Sid Gray golpeó con la palma de la mano en la mesa.

—Te he dicho que esa cuestión no me interesa.

Nos miramos a los ojos.

—A mí sí, Gray.

—Te he pagado tres mil quinientos.

—¿Es que no recuerdas por qué, Sid? Indirectamente te he librado de Diamond.

—Déjate de historias. Es por lo de Mary Hall.

—¿Tú has pensado eso, Sid?

—Sí, lo he pensado.

—¿Has olvidado quién soy?

Hizo una mueca.

—Steve Fox, el detective honrado.

—Gracias.

—Pero no pienses que lo voy a creer. Todos los tipos tienen un precio.

—Yo no, Sid.

—Tú también.

Negué, con la cabeza.

Me apuntó con el dedo conforme a su costumbre.

—¿Es que no te basta con tres mil quinientos?

—Sí, me basta. Es un buen lote de billetes.

—Te daré quinientos más, pero te vas a largar inmediatamente.

Empezó a andar otra vez hacia la caja fuerte.

—No pierdas el tiempo, Sid —le dije.

Se volvió, proyectando el maxilar inferior hacia delante. Sus ojos chispearon de furia.

—Será mejor que sepas una cosa, Steve.

—¿El qué?

—Todavía no he licenciado a los muchachos.

—No me vas a asustar, Sid. Sabes que no.

Apretó los dientes.

—¿Por qué has de removerlo todo, Steve? Anda, dilo. La policía tiene un culpable.

—Sólo tiene a un presunto culpable —hice una pausa—. Lucy Nelson la mató.

El silencio se hizo tangible en la estancia.

Sid Gray permaneció un rato inmóvil y luego se volvió hacia la mesa, dejándose caer en la silla como si súbitamente hubiese envejecido veinte años.

Lucy me miró a los ojos.

—Al fin lo sacó, ¿eh, sabueso?

—Tenía casi la completa seguridad esta tarde. Pero faltaba eliminar a una persona. Cuando tuve la convicción de que ella no podía haber matado a Mary Hall, sólo quedaste tú, nena.

Sid se vino hacia delante y puso los brazos sobre la mesa.

—¿Esperas que te felicitemos?

—Al parecer tú también lo sabías, ¿eh, Sid?

—Saqué mis conclusiones, pero fue esta misma tarde, hace unas horas cuando tú te marchaste —miró a Lucy—. Pero no debiste hacerlo, nena.

—No había pensado matarla, Sid. Te lo juro que no, todo surgió en un momento.

—¿Por qué?

De pronto ella se sentó en un sillón y escondió la cara entre las manos sollozando.

Carraspeé suavemente.

—Yo te lo diré, Sid. Ella estaba enamorada de ti y sabía que tarde o temprano Mary Hall se casaría contigo. Lucy vivía en un infierno desde que apareció Mary por aquí. Finalmente se le ocurrió una idea, hablar con Mary, ella podía casarse con cualquier hombre, quería pedirle que te dejase a ti en paz. Lucy se animó a ir al apartamento de Mary, pero cuando llegó se encontró con una sorpresa: dos hombres estaban luchando. Esperó un rato y vio salir a un hombre rubio. Después lo hizo Bruno Harrison. Fue entonces cuando pensó en matar. Lucy abrió la puerta del apartamento de Mary. No estaba echada la llave. Probablemente Mary se encontraría en el cuarto de baño. Le fue fácil introducirse en la cocina y coger un cuchillo. Luego esperó hasta que Mary regresó al *living*. Entonces se fue acercando lentamente. Hizo ruido y Mary se volvió. Sin titubear, Lucy le hundió el cuchillo en el cuerpo. Finalmente se marchó, pero alguien la había visto subir, el encargado. Es un tipo al que le gustan los billetes y Lucy supo bien taparle la boca.

Se hizo otro silencio.

Sid Gray sacudió la cabeza.

—No te preocupes, nena. Te pagaré al mejor abogado.

Lucy levantó la cara rápidamente.

—¿Qué dices, Sid?

—Tendrás dos, tres, todos los abogados que necesites.

—¿Es que vas a dejar que Steve me denuncie?

—¿Y qué se puede hacer?

—Sólo él lo sabe.

—Oh, no, nena. Basta ya. He decidido retirarme. Naturalmente, pensaba ir contigo. Tú y yo nos íbamos a casar, pero eso lo podremos hacer después.

—¿Después?

—Te saldrá una corta sentencia.

—¿Cuánto, Sid?

—No más de diez años.

—¡Diez años!... ¡Una sentencia corta!

—El tiempo pasa en seguida, nena. Yo te esperaré, no te preocupes. Y allí en la cárcel no te faltará nada.

Lucy se puso en pie y caminó hacia la mesa.

—¡No puedes estar hablando en serio, Sid!

—Sí, nena. Es así. Lo siento mucho, ya ves, yo no te he vendido.

—Te quiero, Sid.

—Sí, y yo también te quiero, Lucy.

—He sido capaz de matar por ti... No podía consentir que Mary Hall fuese tu esposa. No sabes cuánto he sufrido durante todos estos meses... Antes de que ella apareciese, tú me preferías a mí y ha ocurrido tal como yo había imaginado. En cuanto Mary Hall ha muerto, tú volviste a mí.

—Claro que sí, nena. En realidad tú siempre has sido mi favorita. Lo de Mary era un capricho.

—No, Sid, no lo era.

—Serénate, nena.

—No me resigno a perderte, Sid.

—¿Quién habla de eso? Ya te he dicho que te esperaré... No seas niña.

—No consientas que nos separen, Sid... Por favor, no lo consientas.

Sid se puso en pie y alejóse de ella por el otro lado de la mesa.

—Todo saldrá bien, Lucy. Yo estaré a tu lado. Mañana mismo tendrás a los mejores abogados. Es cuenta mía. No escatimaré un centavo.

—Sí —murmuró Lucy con lágrimas en los ojos y de pronto se dobló sobre la mesa y empezó a llorar.

Sid cogió otro cigarro de la caja, le pegó un mordisco y escupió el trozo de tabaco. Luego extrajo un encendedor de oro e hizo brotar la llama.

De pronto sonó un estampido y vi cómo Gray se estremecía al recibir el impacto en el estómago.

Volví la cabeza. Lucy tenía en la mano una pistola de la que

salía humo. Sus ojos estaban espantados. El arma la había sacado de un cajón.

—¡Sid! —gritó.

La puerta de acceso al apartamento se abrió de pronto. El teniente Walt Yates entró seguido de dos agentes.

Los tres se quedaron inmóviles contemplando la escena.

Sid Gray abrió la boca y el puro le resbaló de los labios. Hizo una mueca y se quedó mirando a Lucy.

—¡No, Sid...! ¡No quiero que mueras!

—Nena, ¿qué has hecho?

Lucy tiró la pistola al suelo.

De pronto a Sid le faltaron las fuerzas y apoyó rápidamente la mano en la mesa.

—Te quiero, Sid... ¡Te quiero! —gritó Lucy—. Maté a Mary Hall y lo hice por ti, porque no quería perderte —rompió a llorar histéricamente—. No podía dejarte perder... No podía... No podía.

Sid Gray se llevó la mano izquierda al estómago. Abrió la boca para tragar aire, pero de pronto se estremeció y por la comisura de los labios le escapó un chorro de sangre. Luego se derrumbó en el suelo y quedó de bruces, inmóvil.

Lucy miró un instante.

—¡Sid! —llamó—. ¡Escúchame, Sid!... ¡Dime algo!

Quedó sobre el borde de la mesa doblada, llorando.

El teniente Walt Yates dijo:

—Llévatela, Bill, y tú, Andy, pon en marcha el Departamento.

Nada tenía que hacer allí. Me puse en pie y eché a andar.

Walt vino detrás de mí y salimos fuera.

La gente abandonaba el salón rápidamente.

Algunos curiosos se habían acercado a la puerta.

Walt me cogió del brazo y yo me detuve volviéndome hacia él.

—¿Cómo lo supiste, Steve?

—Las fotos.

—¿Las fotos?

—Sí, muchacho. Todo el apartamento de Mary Hall estaba en desorden, los sillones volcados, como si hubiese pasado por allí un ciclón. Pero Mary Hall no había sido la protagonista de aquella pelea. No tenía el cabello deshecho y en el batín con que se cubría sólo habían las arrugas naturales de la postura en que se

encontraba. Y el arma fue un cuchillo. La persona que la mató no se dejó caer por allí con un plan previsto. Fue algo que se le ocurrió en un momento, cuando escuchó la pelea que sostenían allí dos personas. Bruno Harrison y el rubio.

Walt sacudió la cabeza.

—¿Quién es el rubio?

—No lo sé —dije.

Walt frunció el ceño.

—¡Y un cuerno! ¿Esperas que me lo crea?

—El caso ha quedado resuelto, ¿no, Walt?

—Sí.

—Lo demás no importa...

Le palmeé en el brazo.

—Buena suerte, muchacho.

—Hasta la vista, genio.

Eché a andar y salí del Mombasa.

Infiernos, me acordé de mi rubia. ¿Desde cuándo no la llamaba?

Un poco más allá entré en un bar y me introduje en la cabina telefónica. Disqué el número. Cogieron el auricular.

—¿Jane? —dije.

—¿Eres tú, Steve?

—Caramba, qué alivio. Pensé que te habrías olvidado de mí.

—¿Crees que eso es posible? Oh, Steve, si eres maravilloso. Te he echado de menos.

—Y yo también a ti.

—Estupendo.

—Voy para allá.

—Oh, no, Steve. No puedes.

—¿Por qué no?

—Se me ha olvidado contarte lo más importante.

—¿Qué es eso?

—Me he casado, Steve.

—¿Cómo?

—Me he casado. ¿Te acuerdas de aquel negociante de Chicago?

—¿El que tenía dos yates, tres casas de recreo y todo lo demás?

—Sí, querido. Me he casado con él y dentro de una hora salimos para Europa.

—Eso sí que es bueno.

—Pero me acordaré de ti siempre, Steve... Has sido maravilloso.

Miré el auricular y luego dije con voz lúgubre:

—Enhorabuena.

Colgué inmediatamente y salí fuera de la cabina.

Eché a andar otra vez por la calle. Estaba solo, pero tenía tres mil quinientos dólares en el bolsillo.

Empecé a pensar y de pronto recordé algo.

Hice parar un taxi y como cosa de veinte minutos más tarde llegué a mi destino.

No estaba el encargado. Naturalmente, se lo había llevado la policía. Subí en el ascensor. Luego apreté un timbre, y apareció en el hueco Carol Ross. Era una morena estupenda, como a mí me gustan.

—Hola, detective —dijo.

Nos miramos a los ojos. Sus labios sonrieron y yo también sonreí.

—¿Le zurraron mucho? —preguntó observándome la cara.

—Yo también zurré.

—¿Ya terminó?

—Todo.

—¿Y qué quiere ahora?

—¿No te acuerdas? El detective siempre se queda con una chica mona.

Nos miramos otra vez en silencio.

—Pasa, Steve —dijo.

Y yo no soy tonto. Pasé.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



